

Aldo Lavagnini

VIDA Y VERDAD

ORIENTACIONES

BIBLIOTECAS

...y la vida
era la luz de
los hombres.

EVANGELIO DE JUAN

EDICIONES / CICERON - MEXICO, D. F.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

ALDO LAVAGNINI

VIDA y VERDAD

ORIENTACIONES BIOSOFICAS

para renovar la vida exterior
por medio del reconocimiento
de nuestra Divinidad Interior



"...y la Vida era la
Luz de los hombres"
Evangelio de Juan



EDICIONES CICERON

México, D. F.

1939

Es propiedad del Editor.
Derechos reservados
conforme a la Ley. : : :

PREFACIO

BIOSOFIA (1) es para muchos una palabra nueva pero, sin duda, destinada a tener larga resonancia, dado que el significado inherente en su etimología la hace singularmente expresiva y comprensiva, y por consiguiente difícilmente sustituible. Pensamos en ella por primera vez en nuestra juventud, en 1917, en plena guerra mundial, en un sonriente paisaje de los Alpes italianos. Otros han hecho uso después, independientemente, de esta misma palabra, con un sentido igual o semejante.

No podemos sino alegrarnos de esta comunidad espiritual: las palabras como las ideas, no pueden ser verdadera propiedad de ninguno, y querer estampar en ellas el sello de nuestra personalidad individual por el hecho de que primero las hemos pensado y expresado sería, creemos, vanidad y puerilidad. Divinas mensajeras del Mundo de la Realidad, vienen a nosotros de las regiones celestiales de la Eterna Verdad y según nos hacemos vehicu-

(1) Biosofia, del griego bios "vida" y sophia "sabiduría", la Sabiduría de la Vida o Sabiduría Vital, la Ciencia Arte y Filosofía Integral de la Vida.

los para recibirlas y DARLAS, estamos capacitados para tener una más íntima y amplia participación en su sentido vital.

Las Musas de antaño, que inspiraban a los poetas clásicos, no son en nuestro concepto puras imágenes de la fantasía de los hombres; sino la manera de expresar, en una forma personal y accesible para el hombre ordinario, esa Fuente de la inspiración que también ha sido llamada el Genio del Arte y de la Ciencia ese Mundo de Pensamiento que trasciende las capacidades ordinarias de la mente, y al mismo tiempo las enciende y vivifica, y que algunas veces, cuando nos ponemos en estado de quietud y teceptividad, podemos percibir dentro de nosotros mismos, como un Océano de Vida, Sabiduría y Amor, y como una Corriente que busca su expresión en nuestra inteligencia...

Todas las religiones, así como todas las filosofías, las ciencias y las artes de los hombres, han venido de esa Gran Corriente y Fuente Universal de la Inspiración, y son por consiguiente diferentes aspectos de la misma Verdad — precisamente en virtud de las diferentes inteligencias que los reciben y apropian, y de su necesaria adaptación a la época y al medio. Llamando a Dios la Verdad se nos hace manifiesta, podemos decir que Dios mismo así se revela, de diferente manera, a los hombres, a los pueblos y a las épocas.

Volviendo ahora, otra vez, a la misma palabra BIOSOFIA que queríamos explicar, creemos poder sintetizar en la misma la REVELACION ACTUAL de la Eterna Verdad, considerada como SINTESIS OMNILATERAL de todos los valores espirituales de la época, y como capacidad de comprender, interpretar y unificar todas las

revelaciones interiores, como el Mensaje que unifica todos los Mensajes y todas las herencias ideales en la forma más IMPERSONAL Y UNIVERSAL.

No se trata, sin embargo, de puras abstracciones especulativas; esta palabra únicamente puede indicar la Verdad y su conocimiento, en cuanto se comprenden y aplican, o pueden aplicarse y comprenderse en la Vida. Es la teoría que se revela por medio de la práctica, y que en ésta igualmente se demuestra; y es la práctica que con la teoría forma esa INDISOLUBLE UNIDAD a la que únicamente puede darse el nombre de Sabiduría, es decir Ciencia y Experiencia, tan íntimamente entrelazadas, que no pueden la una de ninguna manera separarse de la otra, en el proceso de su adquisición. En otras palabras, si llamamos Ciencia el SABER, y Experiencia la comprobación de ese "saber", Sabiduría es, además SABER QUE SABEMOS, en cuanto llegamos a percibir y discernir directamente su Verdad.

Biosofía es la Luz de la Vida: el conocimiento que se adquiere directamente en el camino de nuestra existencia y en sus múltiples experiencias, y nos muestra el propósito y la razón de aquella y de ésta, de manera que podamos "CRECER en Sabiduría y Verdad" y venir en una siempre más profunda, íntima, plena, completa y perfecta ARMONIA con nuestro ser interior y con la vida exterior, las cosas, personas y condiciones que nos rodean.

Por consiguiente la Biosofía es Arte, no menos que Ciencia, y al mismo tiempo Filosofía y Religión — Religión filosófica y Filosofía religiosa: nuestra individual relación con el Principio Eterno de la Vida y de la Verdad, y nuestra más armónica correlación con todas las demás expresiones de ese Principio.

Este libro no es un tratado completo de Biosofía, y tampoco un sumario o tratado elemental de la misma: se trata de ENSAYOS, escritos separadamente, sin relación directa el uno con el otro, sin obedecer a un plan orgánico y definido. Cada uno de ellos es un escrito independiente, destinado a dar precisamente una ORIENTACION BIOSOFICA sobre el tema a que se refiere: su conjunto es una collana y puede considerarse como INTRODUCCION a una tratación más orgánica y completa.

El autor confía que esta obrita, fruto al mismo tiempo de sus estudios, reflexiones y experiencias, puede llevar algún vislumbre y despertar algún nuevo rayo de luz en la mente de cada uno de los que lo leen: ser el medio por el cuál pueda él mismo dirigir directamente sus pasos hacia aquella Verdad que dentro de su ser se encuentra en la Plenitud, y que únicamente puede abrirle el camino hacia la Vida verdadera y hacia la verdadera Felicidad.



PROLOGO

La Vida es para cada uno de nosotros un Camino que únicamente puede alumbrar, para cada uno individualmente, la LAMPARA de su propia Consciencia Intima, de su Yo más verdadero, cuya Luz se refleja en su inteligencia y dirige sus pensamientos, sus propósitos y sus acciones.

Venimos al mundo para buscar la Verdad que en la vida se encuentra, y que nos alumbra y nos guía hacia su Plenitud, y también "PARA DAR TESTIMONIO" de Ella, como dijo el Hijo del Hombre al procónsul imperial de Judea — esa Verdad para la cual muchos han muerto, y para la cual aún más todos necesitamos VIVIR, pues en ella únicamente la Vida más verdadera se encuentra.

Si nos preguntamos DE DONDE VENIMOS, contestaremos que "no lo sabemos". Y sin embargo LO SABEMOS, pero nos lo hemos olvidado: nuestro Yo más verdadero nuestro Ser Eterno, bien lo sabe, aunque nuestra consciencia ordinaria, en su envoltura cerebral, y en la mente que en esta existencia se ha construido, no puede acordarlo con toda claridad, pero sí tiene una lejana vislumbre de ello en los repliegues y en las profundida-

des más escondidas de su ser. Esa vislumbre puede ser despertada... DE DONDE VENIMOS nos lo dice QUIENES SOMOS, pues todo lo que llevamos y somos, todo lo que en nuestra vida encontramos, lo hemos buscado, formado, preparado y atraído... allá, de donde venimos.

Si nos preguntamos QUIENES SOMOS, igualmente decimos que "no lo sabemos". Mas realmente LO SABEMOS: ningún otro mejor que nosotros y más directamente puede SABERLO Y SABER QUE LO SABE. La verdad es que NO NOS HEMOS ENCONTRADO A NOSOTROS MISMOS, y en nuestra constante ansiedad de buscar aquí y allá, y en tratar de satisfacer éste y aquel entre nuestros mil deseos y necesidades, nos hemos olvidado lo esencial: que dentro de nosotros únicamente se encuentran la Verdad y la Vida, y la Fuente Perenne inagotable de toda real satisfacción, de la Paz y de la Felicidad; y que todo aquello que buscamos afuera no puede ser sino un reflejo de aquello que en nosotros se encuentra y eternamente nos espera.

Y si nos preguntamos ADONDE VAMOS, eso también "no lo sabemos" y LO SABEMOS. Nuestro "pequeño yo" encerrado en las limitaciones que por sí mismo se ha construido, no puede saberlo hasta que LA VERDADERA LUZ, la Luz de su Ser Verdadero, aquel que vive por encima de todo tiempo, en la Eternidad Omnipresente, no se lo revele... Y, sin embargo, nuestros ideales y nuestras aspiraciones —reflejos y vislumbres de aquella Luz— nuestros pensamientos y nuestros deseos, son los mejores PROFETAS, y nos lo pueden decir con toda claridad: adonde miramos, allá se dirigen nuestros pies, y lo que vemos, creemos, deseamos y tememos, encontraremos en nuestros pasos. Pero, más allá, después

de este destino HUMANO, producto constante de la casualidad de todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, se encuentra nuestro Destino Divino que, AQUI Y AHORA MISMO nos es dado el privilegio de reconocer y ACEPTAR.

Somos los HIJOS PRODIGOS de la Suprema Realidad que, deseosos de manifestar su independencia, se han alejado del Reino de la Luz y de la Plenitud, llevándose una pequeña parcela de su Herencia de Vida, para gastarla en el extraño país de nuestras ilusiones, en donde experimentamos la escasez y toda clase de limitaciones, y nos hacemos los esclavos de nuestros deseos, necesidades y temores...

No es preciso VOLVER, siguiendo el recto camino de nuestro discernimiento espiritual, a ese Reinado Luminoso de la Verdad y del Bien omnipresente, que espera que se despierte nuestra capacidad de percibirlo y reconocerlo unívocamente, poniendo en armonía con el mismo nuestros pensamientos, palabras y acciones. Allí hallaremos finalmente aquello que, por largo tiempo, hemos buscado en vano: la Paz y el Contenido íntimo de nuestro ser... y todas las demás cosas que pueden llenar y completar nuestra vida y nuestra felicidad exterior.



I

EL DON DE LA VIDA

La vida es un Don que hemos recibido y de cuya inherente perfección y plenitud somos diariamente partícipes en la exacta medida de nuestro reconocimiento, de nuestra apreciación y de nuestra capacidad de usarlo sabiamente, conformándonos a sus Leyes, cuyo objeto es precisamente el de preservar y hacer progresivamente manifiestas su Divina Naturaleza y posibilidades.

La Plenitud y Perfección de la vida, que se hallan inherentes en cada ser y en cada creación o manifestación de la naturaleza, se desarrollan y aparecen exteriormente a raíz de un proceso de *asimilación interna* que se verifica en el fuero íntimo de la conciencia, que de esta manera establece su apoyo siempre más firme en la Divina Realidad, así como la planta, por su raíz, se fija en la tierra.

Esa Divina Realidad es la propia *esencia substancial*, eterna, inmanente, omnipresente y omnipenetrante de todo lo que puede existir: Espacio y Tiempo, Energía y Materia (o sea, la síntesis de lo que consideramos como realidad objetiva), no son sino *aspectos relativos* de la

Realidad Absoluta del Ser, del que emergen como *factores creativos*, determinando la infinita variedad y complejidad de las formas del universo y de las apariencias y experiencias de la vida fenoménica, para luego disolverse en su trascendencia.

Lo absoluto de que hablamos no es algo fantástico o para especulación teórica, sino precisamente Aquello que existe constante y perennemente en cada momento, Aquello en que todo se basa y tiene su raíz, y, por lo tanto, Aquello de que todas las cosas extraen, con su existencia, todo lo que son capaces de ser internamente y de realizar y expresar externamente. Es, pues, el propio *manantial* o Fuente Eterna de la vida, y la perfección y plenitud de ésta precisamente estriba en la continuidad y perfección del contacto que con Aquello sepa establecer el cauce de la conciencia individual abriéndose para recibir esa Divina Corriente que ha de alimentar y hacer fructífera la existencia.

Así como el río deriva su existencia del Manantial que le alimenta, y como la planta crece y prospera según ahonda sus raíces en la tierra, recibiendo Vida y Substancia de ella y del aire que la rodea, así como el racimo recibe de la vid la linfa que le permite crecer y desarrollarse en su madurez y plenitud, así también cada uno de nosotros, cada forma de vida individual, recibe de esa Vida Universal, que es Perfección Infinita y Latente Plenitud, *la esencia y la substancia permanente y real* de toda y cualquiera cosa que pueda ser capaz de disfrutar, gozar, poseer y expresar en su existencia.

Lejos de ser una abstracción teórica, enteramente ajena a la practicabilidad y a las necesidades de la existencia

diaria, ese Absoluto es, *dentro de nosotros*, la Fuente y el Dador de la Vida, así como la potencial satisfacción de todo deseo y la Presencia *latente y permanente* de cualquiera cosa, cualidad o facultad, de cualquier don espiritual o material, que podamos anhelar.

La Vida misma, que deriva de la Eterna Realidad del Ser y la expresa como *existencia individual, personal y orgánica*, es el primero y fundamental de esos dones, aquel que todos los hace posibles y permite su fruición, y en el que también los demás están potencialmente contenidos, expresándose naturalmente, en su progresivo desarrollo, como factores, medios y partes de su perfección y plenitud.

El gran error de los hombres, en su constante afán y búsqueda de todas aquellas cosas que consideran como partes y medios indispensables de su existencia, estriba precisamente en haber perdido de vista la UNIDAD de la Vida en todos y en cualquiera de sus aspectos y contingencias, así como la verdadera naturaleza de ésta como Don Divino (expresión de la Unica Realidad) cuyo Manantial e Inherente Plenitud están constantemente *dentro de nosotros* y que, por lo tanto, puede expresarse y disfrutarse haciendo más perfecta, plena y deseable esa expresión precisamente en proporción a su propio *reconocimiento y aceptación*.

En otras palabras, en lugar de seguir buscando *fuera* de nosotros la vida y demás cosas deseables que la acompañan (salud, sabiduría, riqueza, poder, satisfacción y felicidad) basando, sobre la medida de ese logro puramente externo, la perfección *inherente* a la existencia, y sobre su falta o pérdida eventual nuestro fracaso e infelicidad, hemos de invertir el proceso haciendo como las plantas,

que no buscan afuera la capacidad de dar sus flores y frutos, sino que simplemente *se adaptan al medio*, sacando el mejor provecho, para su crecimiento y desarrollo, de su actual condición, y de esta manera se preparan a dar las unas y los otros, como expresiones maduras de su ser y en su propia estación.

Así pues, nuestra capacidad de disfrutar del Don de la Vida, gozando de él y haciendo progresivamente más fructífera su expresión, tiene su fundamento en el grado de *armonía* (o sea la íntima, perfecta y unísona *conexión*) que seamos capaces de lograr y establecer, por un lado, *internamente*, con la Fuente Divina de la existencia y de todas sus posibilidades, de la cual nuestra conciencia y la integridad de nuestro ser deben ser cauce y canal; y por el otro *externamente*, con el ambiente, preocupándonos en este caso, fundamentalmente, de nuestra mejor y más digna expresión en cualquiera circunstancia, y en cada uno de nuestros pensamientos, palabras y acciones.

La perfección de la vida, así como de todas las condiciones que deben acompañarla en su constante proceso, en su procedimiento y desarrollo, están siempre, *potencialmente*, dentro de nosotros, adquiriendo la inherente capacidad de hacerse manifiestas y de establecerse exteriormente en la medida en que puedan expresarse internamente como adquisiciones y cualidades de nuestra conciencia y ser individual. Todo adviene y se hace manifiesto, inevitable y necesariamente, en la propia y oportuna estación que determina nuestro interno crecimiento: como pasa con la planta no nos sería de ninguna utilidad adquirir y hacer gala externamente de aquellas flores y frutos que no estamos todavía capacitados para producir.

La capacidad natural de adquirir, poseer y disfrutar de una manera *efectiva y durable*, de cualquiera cosa, no se halla fuera de nosotros (aunque aparezca determinada por ciertas condiciones externas) sino que tiene su fundamento en la propia *interna posesión* que de la misma se haya establecido en la conciencia, llegando a ser una característica y cualidad inseparable de la misma. Así como un pedazo de acero, una vez magnetizado atrae naturalmente todas las partículas metálicas afines que estén en su derredor así también nuestro ser, habiéndose imantado por medio de la *conciencia interna* de lo que quiere y desea expresar se hará atractivo de las propias condiciones y oportunidades externas que pueden favorecerle y facilitarle ese logro.

Ahora bien, ese *magnetismo individual* que recibe y adquiere progresivamente nuestra conciencia, por medio de la persistencia, firmeza y fidelidad en sus propósitos, haciendo naturalmente atractivas nuestra vida y nuestra personalidad mediante las cosas y condiciones externas que se hallen más en armonía con nuestra propia manera de ser y estado interno, es parte, expresión y función, del mismo Don de la Vida, que de esta manera despliega constantemente *de dentro hacia fuera* sus infinitas posibilidades.

Todas las cosas externas, que uno se hace capaz de atraer y poseer naturalmente, lo mismo que las demás condiciones y grados más o menos perfectos de salud, prosperidad, armonía, éxito y felicidad, se hallan en estado potencial o latente—como *esencia y substancia eterna*—en ese Don Divino de la Vida que nos anima, por medio de cuyo progresivo contacto y reconocimiento *adquirimos y establecemos*, con el deseo, la *conciencia interna*, y

con esta la capacidad de expresarlas, atraerlas y hacerlas efectivas. Este poder está íntimamente relacionado con todos nuestros pensamientos, y el carácter positivo o negativo de estos determina la atracción externa de cosas y condiciones respectivamente *positivas y negativas*.

Así como el Magnetismo Universal, expresándose en y por medio del acero hace a este atractivo y selectivo de aquellas cosas que participan *de la misma naturaleza metálica*, así también el Don de la Vida, que obra y se manifiesta por medio de nuestro ser interno en la existencia externa, nos hace en ésta atractivos de las condiciones y cosas *que tienen la misma naturaleza*, y por ende responden y vibran en armonía con nuestros propios pensamientos, estados mentales y condiciones, deseos, esperanzas, anhelos, afecciones y temores que vibran y dominan en nuestro fuero interior. Cambiando y transmutando *ese metal* (o sea, el estado y condición de la mente), se cambia y se transmuta igualmente la capacidad de atracción externa.

Dado que cada pensamiento es *parte y obrero* de nuestra estructura mental y que, en la perfección o imperfección respectiva de todas, indistintamente, las condiciones de nuestra existencia—o sea, la coloración particular de la Divina Corriente de la Vida en nosotros—cada uno de nuestros pensamientos es un *factor responsable*, lo mismo que las palabras y acciones que los hacen manifiestos, de como el Don de la Vida se expresará en nuestra existencia. Su inherente Perfección, Pureza y Plenitud no puede ser contaminada por nuestros pensamientos imperfectos y negativos, y el único resultado de éstos será el de *separar temporalmente* la conciencia interna del reconocimiento y de la capacidad de expresar esas cualidades.

Así como los pensamientos puros y positivos, en armonía con la Eterna Verdad, se hacen vehículos para expresar y reflejar progresivamente, en un grado siempre más elevado, el Don de la Vida en su mayor Pureza, Perfección y Plenitud, determinando las condiciones correspondientes en la perfecta salud del cuerpo y en la armonía de las condiciones externas; así también todo pensamiento negativo, que refleje y multiplique ideas de imperfección, se hará igualmente creador fecundo de análogas condiciones de enfermedad y desarmonía externa.

Por consiguiente, es de la mayor y más vital importancia, para cada uno de nosotros, tratar de discernir, reconocer y apreciar, según mejor lo podamos, ese Don Divino de la Vida, cuya *inherente* Perfección, Pureza y Plenitud, se nos ha confiado para que la manifestemos dentro de nuestra conciencia y en la vida externa, según le abrimos paso y le damos ingreso y dominio en nuestra mente y en cada uno de nuestros pensamientos y deseos, así como en las palabras y acciones que los expresan. La siguiente afirmación, repetida fielmente en el Silencio de nuestro ser, nos ayudará para lograr esa realización:

Reconozco, acepto y agradezco el Don Divino de la Vida en su inherente pureza, perfección y plenitud.

Reconozco la inherente perfección de la Vida Divina que me anima y que brota del eterno manantial del Ser, en mi corazón, y se expresa en cada parte de mi cuerpo como salud, vigor vitalidad, satisfacción y bienestar.

Reconozco en la Luz Interna que ilumina mi discernimiento la Infinita Sabiduría que alumbra el sendero de mi existencia, indicándome como resolver y superar todo problema y dificultad externa y haciéndome crecer y progresar hacia la plenitud de la Verdad.

II

EL PRINCIPIO DEL BIEN

Existe un Principio Universal que se halla en todo lugar y cuya naturaleza es inseparable de la del espacio mismo que contiene todas las cosas. No hay lugar ni cosa, no hay persona o condición de la vida en la cual ese principio pueda estar ausente, dado que aquellas cosas, por el simple hecho de ser o existir, participan de EL, que es además la *esencia* (Esencia pura y eterna) de todo ser y de toda existencia.

Ese Principio es INFINITO BIEN—Infinita Plenitud de Bien Absoluto y Omnipotente, Todopoderoso, Invencible, Indestructible, Inalterable y Permanente. Todo aquello que podamos pensar y concebir como *Bien*, todo bien y toda cosa buena, agradable y deseable, que de cualquier manera pueda hallarse, venir o estar en nuestra vida, encuéntrase en él, es un aspecto temporal y condicional, una manifestación parcial y limitada de ese Gran Principio y de su inherente *plenitud*. Es en sí *plenitud de toda plenitud*, y el más grande y más deseable de nuestros bienes y satisfacciones terrenales, es únicamente una pequeño gota de ese Océano Ilimitado que ha podido abrirse su camino en nuestra conciencia logrando *aparecer* visiblemente en la vida.

En todo átomo y en todo punto del espacio, en cualquier momento del tiempo y de la vida, ese Principio se encuentra como Realidad Inmanente, por detrás de la forma del fenómeno que aparece; sin embargo, hállese en un estado de *latente potencialidad*, que se hace manifiesta y activa en proporción del reconocimiento interno o *conciencia* que se adquiere de él.

En otras palabras, ese Principio existe eternamente *de por sí y en sí* y es independiente de su manifestación exterior, siendo ésta precisamente el *efecto externo de una* causa interna, que estriba en el propio reconocimiento que en el fuero íntimo de la conciencia individual se hace de tal Principio, reflejándose éste en aquella, que así obra en armonía con el mismo y se hace *canal o vehículo* para manifestarlo en todos sus pensamientos, palabras y acciones.

La Ley que rige la manifestación de ese principio es, pues, *psicológica*. Su expresión procede constantemente *de adentro afuera*, o sea, desde el estado de Principio Eterno, absoluto y trascendente, al de *causa interna*, que se apoya en nuestro *yo* como una palanca sobre su fulcro, y de esta manera tiene el medio de producirse y aparecer exteriormente, como *efecto* de esa causa que se halla en nuestra mente y que, dentro de nosotros refleja ese Principio, en cuanto se hace partícipe de su *realidad*.

Podemos comparar este principio, por su estabilidad y permanencia, a una Ley física o matemática. Estas leyes obran invariablemente para nosotros, toda vez que nos ponemos en las condiciones necesarias; si, por ejemplo, tenemos un triángulo rectángulo, podemos estar seguros de que la suma de los cuadrados de sus catetos es igual a la superficie del cuadrado que se construya sobre

la hipotenusa. Sin embargo, cuando el ángulo fuera más o menos de 90° , entonces nuestro triángulo estaría *fuera* del campo de operación de esa ley geométrica; en este caso, no es la ley que cesa de obrar, sino que deja de haber conformidad con sus condiciones.

Lo mismo puede decirse con la ley de gravedad, que obra indistintamente en todos los puntos de la tierra, en donde ejerce (con relación al centro); pero, sus efectos son para nosotros muy diferentes, según nuestros pies se apoyan en algo consistente y que ofrece resistencia, o bien nos falte ese apoyo, pretendiendo por ejemplo, caminar en el aire o sobre el agua, exactamente como lo hacemos sobre la tierra. Mientras en el primer caso favorece nuestro equilibrio, en el segundo producirá un resultado exactamente opuesto.

Otro ejemplo que podemos tomar es el de la luz. Esta naturalmente penetra todo lugar y su *presencia* es todo lo que se necesita para destruir esa típica condición negativa que conocemos como *oscuridad*, o sea la ausencia de percepción luminosa.

Un cuarto estará más o menos alumbrado (aunque la luz esté difundida en manera igual en el espacio), según sea el número y anchura de sus ventanas, y según que éstas estén abiertas o cerradas. En este último caso no podemos pretender que la luz lo penetre enteramente, como en el primero, aunque siga existiendo *fuera* de las ventanas.

Esa Luz es el Principio del Bien omnipresente, mientras el cuarto es nuestro propio *mundo interno*, o sea la mente, asiento del *yo* y de los pensamientos. La *ventana* interior de ese mundo estará abierta o cerrada, según tenemos o no tenemos *conciencia* de ese Principio invaria-

ble, que se halla doquiera como la luz, pero que obra únicamente en donde sea *aceptado y recibido*.

Algo semejante puede decirse con relación a los demás ejemplos anteriores. En el caso del triángulo rectángulo, la perfecta *rectitud* ángulo recto es emblemática de una análoga condición que se requiere para el carácter y la disposición interna de la persona. En el de la gravedad, nuestra conformidad con la Ley, de manera que obre beneficiosamente en nuestra existencia, estriba en nuestro firme apoyo, por medio de los pies del entendimiento, sobre aquellos principios en que reconocemos la consistencia de la Verdad.

En todo caso, la condición necesaria es que nuestra mente, la actitud interna de la conciencia y los pensamientos en que se expresa, estén lo más posible *en perfecta armonía* con la Ley o principio, para que éste pueda obrar favorablemente en nosotros y en todo aquello que tiene relación con nosotros mismos.

En ningún caso se trata de un defecto inherente en la Ley o Principio—cuya *divina* perfección se halla muy por encima de toda crítica, queja o lamentación—toda vez que éste pueda tener una aplicación imperfecta o una expresión defectuosa en nuestras vidas. Ese *mal* no pertenece al Principio, sino que estriba en alguna *mala disposición* de nuestro complejo psicológico, que precisa subsanar para que pueda aquel expresarse de una manera más perfecta y completa.

Con relación a este punto, es de la mayor importancia lo que pensamos en nuestro corazón y los atributos o nombres que aplicamos a nosotros mismos, a nuestra vida y al mundo y a las cosas y personas que nos rodean, sobre todo en cuanto tengan un lugar o papel en nuestra

existencia. Pues esos propios pensamientos y juicios internos, esas *palabras* que se hallan lo más de las veces sobre nuestros labios, son precisamente aquello que—según estriba en la ilusión de la apariencia externa, o bien tiene su fundamento en la Realidad Verdadera, internamente reconocido—nos ata o nos libra, cierra o abre las ventanas, en el fuero íntimo de nuestro ser, a la luz en que se expresa el Principio del Bien.

Dado que ese Principio es omnipresente, no puede haber ninguna cosa que sea *íntima y verdaderamente mala*. En todo caso el mal hállese sólo en apariencia y más bien que ser tal en sí mismo, estriba en el propio criterio que le apliquemos y que hace que lo juzguemos y pensemos *como mal*. Por detrás de esa apariencia o efecto externo, se encuentra en toda cosa que nuestro juicio superficial nos hace considerar como menos buena, la Infinita Plenitud del Bien que, precisamente espera ser invocada, llamada y reconocida, para manifestarse *como tal*.

Así pues, es preciso tener el mayor cuidado antes que dar algún juicio negativo, a sea CONDENAR alguna cosa, persona o condición externa; en realidad lo que condenamos no es la cosa en sí, sino a *nosotros mismos* en nuestra propia relación con aquella. Según nuestro juicio seremos juzgados, en cuanto esa cosa se nos manifestará precisamente de acuerdo con aquel; toda queja o lamentación que se le añada no hará más que agravar y crecer dicha condición negativa, dado que acrece y alimenta la causa interior que se hace operativa en aquella.

Absteniéndonos de condenar, y ejercitándonos en ver cada cosa y persona *por su lado bueno*—y siempre hay algo bueno en todo, aunque alguna vez la pasión y el error cieguen nuestra visión—emplearemos nuestro

pensamiento y nuestra facultad en armonía con el Principio del Bien, y de una manera *constructiva*, como sucede cuando los empleamos en oposición con aquel, separándonos así de su benéfico influjo.

El primer punto, para que nuestra vida esté en armonía con el Principio del Bien, es, pues éste: vigilar nuestras palabras, nuestros pensamientos y nuestros juicios, de manera que cesen de estar *en contra* de ese Principio, en cuanto implícitamente *reconocen y afirman el mal* como realidad, o sea algo existente en sí, que tiene fuerza y poder. Deben igualmente cesar toda forma de queja o de temor, que no hacen sino afirmar esas aparentes realidades negativas, cuya existencia y poder únicamente estriban en nuestra ilusión y falta de discernimiento.

La que llamamos *mal* no es sino una sombra, que crece y nos domina según nos alejamos de la luz y cerramos nuestros ojos a la percepción de la misma. Todo pensamiento que se halle *fuera* de la perfecta rectitud del juicio, en la que se reconoce el Bien como única realidad omnipotente y omnipresente, es una sombra y un obstáculo para la percepción de esa luz y su ingreso y dominio en nuestras vidas.

Esas sombras y esos obstáculos se destruyen y se vencen por medio del *discernimiento*, o sea con el conocimiento y la afirmación de la Verdad que es Bien *presente en toda cosa, condición, persona, circunstancia y lugar*, que nunca puede ser eliminado, destruido alterado o corrompido, y que tiene en sí el poder de hacernos resolver satisfactoriamente cualquier problema y superar toda dificultad, con la única condición de que le reconoz-

camos su propio *soberano poder*, y nos aliemos y unifiquemos con El en todo pensamiento, palabra y acción.

Llegamos así al segundo punto, que es precisamente *pensar y obrar constantemente en armonía con dicho Principio* y con su reconocimiento interno como Unico Poder y Omnipresente Realidad. Y aquí, para que dicho reconocimiento se haga activo y operativo, nos precisan dos cualidades: *fidelidad y persistencia* en su constante afirmación; *coherencia* con esa afirmación y reconocimiento, en los demás pensamientos, propósitos, palabras y acciones. Estas cualidades son aquellas que harán efectivos nuestros esfuerzos, haciéndonos gozar los *buenos frutos* del discernimiento de la Verdad.

Por medio del discernimiento *elegimos la simiente* de lo que queremos se manifieste en nuestra vida; con su afirmación sembramos o plantamos esa simiente en el fértil terreno de nuestra mente subconciente, en donde germina para brotar causativamente en la vida. Con nuestra fidelidad y persistencia *regamos* esas plantitas y les permitimos crecer; y con la coherencia apoyamos ese crecimiento y libramos el campo de cualquiera mala hierba que la impida u obstaculice. Así crecerá, desde su pequeña semilla, nuestro individual reconocimiento y conciencia del Principio del Bien, en un árbol fuerte y lleno de vigor, que dará sombra y apoyo, éxito, poder y prosperidad a nuestra existencia.

III

LA SOLUCION DE TU PROBLEMA

Cualquiera que sea la naturaleza particular del problema que en la actualidad te preocupa, ya se trate de salud, o ya sea un asunto de dinero, de familia, de negocios o de trabajos, *la perfecta solución* de aquel problema no se halla lejos de tí y de tus actuales posibilidades, ni ha de ser para tí una razón de fastidio, de ansiedad o de disgusto, sino que más bien es la *oportunidad* que ahora tienes para crecer y progresar en un nuevo aspecto y una más profunda manera de expresión.

Todo problema tiene pues su natural y perfecta solución en un particular *estado de conciencia* al que precisa llegar para resolverlo, cuyo conseguimiento es *la razón de ser y objeto verdadero* del mismo problema.

La *mudanza* de la conciencia interior, resultado final del esfuerzo que se hace para resolver un problema de vital impotancia para nuestra existencia individual, ha sido también llamada con el término religioso *conversión*, significando originariamente esta palabra un cambio de toda la actitud mental, por la nueva luz que en ella se hace y que determinará de aquel momento el curso de

los pensamientos y de la acción en una fase comparativamente nueva de la existencia.

En la antigüedad pagana encontramos una ilustración simbólica de este mismo concepto en la fábula de la Esfinge, el monstruo alado con cuerpo de león y cabeza de mujer, que se presenta a todo hombre que pasa por cierto punto del camino de su vida, imponiéndole la solución de determinado problema y amenazándolo con la muerte en caso de que no llegue a resolverlo. Esta profunda alegoría no es menos verdadera hoy que en aquel entonces, de todos aquellos *problemas vitales* que se presentan al hombre en determinados momentos o períodos críticos de la existencia, y en muchos casos ésta se halla realmente por en medio cuando uno no sabe resolver satisfactoriamente su propio problema. ¡Cuántos suicidios no se deben precisamente al hecho de que uno no encuentra la solución de su problema, y se aleja de la vida por no tener el ánimo y la voluntad de enfrentarla, según ésta en cada momento lo requiere y exige de nosotros!

Hay también suicidios morales que no son muy diferentes de los materiales, en que uno se aleja voluntariamente de sus mejores posibilidades, o de un nuevo camino u oportunidad de progreso que se le había presentado, por no sentirse capaz de enfrentar y resolver las condiciones negativas en cuyo medio se halla y que le aparecen como una barrera infranqueable para el logro de sus anhelos. Cuando uno está firmemente decidido a *ir adelante* no debe pues vacilar ni descorazonarse por los obstáculos y dificultades que pueda encontrar sobre su sendero. Antes, más bien, ha de apoyarse en estas

piedras que le estorban e impiden y servirse de ellas como de las gradas de una escalera, que ha de conducirle al fin deseado.

La matemática nos enseña que para resolver cualquier problema hemos de empezar por *plantearlo* de la manera más clara, definida y evidente: cuanto más claramente se plantee un problema tanto más fácilmente llegaremos a solucionarlo, mientras que por el contrario, la solución se halla alejada en proporción de la obscuridad, falta de claridad e incertidumbre en que un determinado problema se ha puesto. Más aún, cuando un problema se haya planteado convenientemente *en toda su claridad*, la solución brotará naturalmente y se hará de por sí misma evidente, dado que *todo problema tiene inherente en sí mismo su justa y perfecta solución, por ser éstos dos aspectos de una misma cosa o realidad*, aunque aparezcan separados a nuestra actual consideración.

Por lo tanto, es de la mayor importancia *aclarar* nuestro problema, llevándolo ante *aquella misma luz en la cual encuentra su más deseable solución*. Muchos problemas nos aparecen insolubles, o se nos presentan como tales, por el hecho de que no hemos aprendido a plantearlos convenientemente, y de que persistimos en aceptar como axiomas o hechos demostrados nuestras falsas creencias, errores y apreciaciones negativas. Es claro que si persistimos en apegarnos a la falsedad—por ejemplo, en lo que somos nosotros, en la real naturaleza de la vida y la finalidad verdadera de sus experiencias—no podemos esperar llegar a la verdad que solo se encuentra en la superación de los errores cuando éstos cesan de dominarnos y hacernos sus esclavos.

Todo problema *seguirá sin solución* en determinado estado mental (aquella condición interior en que se presenta *como problema*), mientras *está resuelto* en otro estado que sigue al primero del que constituye la *superación*. Así pues, lo que en todo caso se necesita es *el pasaje* de uno a otro estado mental, o de una a otra condición de la conciencia: de aquel estado en que se ve el problema sin percibir su solución a aquel en que el mismo *se ha unificado con ésta*. Lo cual es igualmente cierto para problemas de orden moral como material, prácticos como teóricos: la solución puede ser distinta, pero el método ha de ser el mismo.

Ahora, pasando directamente al problema que en la actualidad te preocupa, empieza por considerarlo claramente, *con perfecta calma y serenidad de espíritu*. Si tu mente se halla agitada, en convulsa y desordenada actividad, recurriendo como una obsesión la misma idea (que puede ser también, y lo es muy a menudo, una falsedad), debes comenzar por calmarla, pues así como las olas movidas de un lago o del océano no reflejan claramente el sol, así también no puede reflejar la verdad una mente agitada.

Tranquilízate, cálmate, como mejor lo puedas, retirándote a tu cuarto o dando un paseo en un lugar en donde puedas estar lo más posible solo contigo mismo. Aleja de tu mente toda forma de ansiedad, de miedo y de temor, pues en el fondo *nada hay que temer fuera del mismo temor*, y en ésta renovada condición del espíritu examina nuevamente tu problema, en vista de la solución *que en él ha de estar inherente*. Esta solución—*natural y perfecta*— ya se halla en el problema *en estado latente*, y lo único que precisa es *que se nos haga evidente*.

No buscamos lo imposible sino lo que *ya es en sí por sí*, de lo cual sólo estamos momentáneamente alejados por nuestra temporánea falta de comprensión.

Existe *dentro de nosotros* un mundo infinito—el Mundo de la Realidad o Mundo Trascendente, aquel que Jesús llamó el *Reino de los Cielos*—en que toda cosa se halla en un estado arquetípico *eterno y perfecto*, todo problema resuelto, todo deseo satisfecho, toda necesidad llena y toda acción cumplida. En este Mundo se hallan igualmente todas las invenciones y descubrimientos hechos por los hombres y los que pueden hacerse.

Buscando la solución de determinado problema, cualquiera que sea su naturaleza particular, nuestra conciencia se acerca a este Mundo, y la solución del problema es como la *chispa* que brota en la mente cuando se haya logrado el *contacto*. De aquí también que todo problema, lejos de ser una razón de enojo, de ansiedad o preocupación, sea en realidad la *preciosa oportunidad* para realizar el íntimo contacto con el Manantial Infinito de la Sabiduría y del Poder, que se identifica con el Ser mismo cuya existencia y realidad es superior a la del Tiempo y del Espacio, estando *integralmente* en cada lugar y en todo momento.

Con la ayuda de la Sabiduría y del Poder Infinito, con los cuales **ESTA EN TU PODER** aliarte y cooperar, no hay problema que no pueda resolverse y que no tenga ya en sí *su justa y perfecta solución*. Lo esencial y necesario, en todo caso, es ponerse *del punto de vista de lo Real*, superando nuestros precedentes errores e ilusiones y nuestras propias limitaciones mentales, y logrando aquel grado de *discernimiento o visión interior* que se necesita para **VER** la solución del problema y *cooperar*

por medio de nuestra propia actitud interior y de la disposición y acción que le sigue para que dicha solución se haga manifiesta *en la tierra como en el cielo*.

Para lograr una mayor claridad, puedes formular tu problema en una hoja de papel, poniendo de un lado las *cantidades conocidas* (tus propias cualidades, actitudes, disposiciones, las condiciones y el medio en que actualmente te encuentras) y del otro las *incógnitas* (tus necesidades, deseos, aspiraciones, ya se trate de vida, salud, amor o dinero, trabajo y cosas materiales). Lllamarás a las primeras con las letras A, B, C, D... y a las segundas con X, Y, Z, y pondrás al lado de cada una de ellas el *valor exacto*, espiritual o material, que para éstas desees.

Trata ahora de ver o establecer la *relación* que debe haber entre éstas últimas y las primeras para que *adquieran y den efectivamente el valor* que has puesto como *desideratum* para las mismas. Así, por ejemplo, si deseas adquirir cierta posición o empleo, o ganar una determinada cantidad, busca los valores espirituales de *fé, firmeza, perseverancia y capacidad actual* para cumplir con aquella tarea, que te harán resolver el problema despejando sus incógnitas.

No pienses que puedes obtener *algo por nada*: siempre tienes que poner y dar algo de ti mismo *especialmente* tu Confianza, y en general una actitud elevada y optimista de tu espíritu, manifiesta en todas tus palabras y pensamientos, y alejada de toda forma de miedo, desconfianza y temor. De aquí puedes ver con tus ojos cuan poco favorables sean la ansiedad, el desaliento y la desesperación para llegar a resolver cualquier problema.

Si te parece recibir poco esfuérzate en *dar más*: un servicio mejor, más útil, inteligente y valioso. En el caso de trabajo, por ejemplo, muchos empleados son tan poco útiles a quienes los emplean, que representan una carga pasiva, de manera que su aumento de sueldo no sería proporcionado al beneficio real de su actividad en la hacienda. Lo primero que se necesita en todo caso es el esfuerzo en aumentar *su propio valor individual*, dando un *servicio mejor*, con lo cual le será posible lograr una compensación más elevada.

En caso de comercio esfuérzate igualmente en *dar el mejor servicio a las mejores condiciones*. Y cualquiera sea tu particular actividad, *hazte precioso* buscando la mayor y mejor eficiencia; de ésta manera nunca puedes temer el quedarte *sin trabajo*. Y si estuvieras actualmente en esta última condición, *busca en ti mismo lo que sabes y puedes hacer, especialmente lo que puedes hacer mejor y lo que sabes hacer mejor que los otros, y esfuérzate en hacerlo*. Difícilmente puedes encontrarlo, o lo encontrarás siempre de una manera inestable y ficticia, si buscas *cualquier trabajo*: si bien es sabio *hacer y hacer bien* el trabajo que actualmente se presenta, no lo es menos el buscar y esforzarse en pos de aquel que representa para cada cual *su trabajo*, en armonía con sus ideales y aspiraciones, ya se trate de empleo o actividad independiente. En este caso un *cese* puede ser la oportunidad.

En todo caso *mira adelante*: no te dejes llevar y dominar por el pasado, y por el mundo de los recuerdos, ya sean mejores o peores que tu situación actual. Siempre son ilusiones, puesto que *pasaron*, y tu oportunidad actual únicamente estriba en el presente y en el porvenir que *construyes* por medio de tu propia actitud y ac-

tividad actual. El pasado sólo representa para tí el camino que has recorrido para llegar al día de hoy, en que recoges lo que sembraste por medio de tus propios pensamientos, palabras y acciones, y por tu apreciación o falta de apreciación de las oportunidades que se te presentaron.

Ponte ahora mismo en perfecto acuerdo, con tus verdaderas aspiraciones, tus deseos reales y tus ideales, *vive desde ahora en la conciencia de lo que quieres y deseas*, haciendo lo mejor que puedas en las actuales circunstancias y oportunidades, y mira serenamente hacia adelante con plena fé y confianza en el porvenir y en la Ley PERFECTAMENTE SABIA Y JUSTA que gobierna tu vida.



IV

LA PLEGARIA DE LA VERDAD

“Más tú, cuando oras, éntrate
en tu cámara, y cerrada tu puerta,
ora a tu Padre que está en secreto;
y tu Padre que ve en secreto, te
recompensará en público.”

Se confunde, por lo general, la plegaria con el acto de *rezar*, dirigiéndose a una hipotética *personalidad divina* que suponemos nos escucha y que puede darnos lo que le pedimos, pero que no podemos estar seguros de que lo recibiremos.

Esta plegaria, nacida de la ignorancia de nuestra verdadera naturaleza y del Principio Supremo que gobierna nuestra vida y todas las cosas, sin embargo patentiza el reconocimiento y el anhelo instintivo hacia algo superior y trascendente, relativamente a la experiencia de los sentidos, hacia *algo* que implícitamente creemos tenga el poder de concedernos y manifestar en nuestra vida lo que deseamos y que no se halla directamente al alcance de nuestras posibilidades.

Pero, cuando adquirimos conciencia de nuestra verdadera naturaleza *espiritual o divina*, y reconocemos nuestra fundamental *unidad* con el Principio Supremo Universal y Trascendente de la Vida, del que somos *hijos o manifestaciones individuales* —como los rayos son hijos o manifestaciones de la fuente luminosa de donde manan— y reconocemos igualmente la *omnipresencia*, la *omnisciencia* y la *omnipotencia* de ese Principio, nuestra plegaria toma un carácter mucho más elevado y efectivo. Cesa de ser plegaria de la *fé ciega* y de la ignorancia y se hace la plegaria de la Fé Iluminada y de la Verdad.

Cesamos de dirigirnos a una personalidad hipotética que desconocemos, y nos dirigimos conscientemente al Ser que es la Realidad Suprema de todo y que interiormente reconocemos como Padre, sabiendo que es Su Voluntad y deseo concedernos lo que anhelamos, y más todavía, que nuestro mismo anhelo es la expresión interior de Su Voluntad, habiéndonos El *ya concedido potencialmente* su perfecta y plena satisfacción.

Cesa de ser la plegaria un *acto exterior* y se hace un *acto íntimo y secreto* cuyo objeto es establecer una *conexión más perfecta* de nuestra propia conciencia individual con el Ser Universal, que se halla igualmente en nosotros como en todos los seres y las cosas. Obedecemos entonces al mandamiento del Maestro, entrando en *nuestra Cámara o cuarto de reflexión*, o sea retirándonos como mejor lo podamos en lo íntimo de nosotros mismos, cesando de dar nuestra atención al *mundo exterior* para concentrarla *interiormente*.

Dentro de nosotros hay, pues, *todo un mundo* extenso y complejo cuyas posibilidades a menudo desconocemos, engañados como somos por la ilusión del que

nos rodea y al que sólo estamos acostumbrados en conceder importancia. Este mundo se apoya sobre la *tierra* de nuestra manifestación exterior y se eleva a los *cielos* de la Realidad Trascendente, con la cuál estamos así en condición de establecer el más perfecto *contacto individual*. Por medio de este contacto —que puede ser comparado al de un foco o de un motor con la corriente eléctrica que lo alimenta— adquirimos el poder y la capacidad de manifestar las Infinitas Posibilidades Latentes del Mundo Trascendente y proyectar y atraer en la vida la Salud, la Armonía, el Éxito, la Prosperidad y todas aquellas cosas que deseamos, según las *reconocemos y asimilamos* dentro de nuestro propio *mundo interior*.

Nuestro Padre —el origen de nuestro ser, el Manantial Eterno e Inmanente de nuestra vida y de todo lo que *nace* o se manifiesta de ella— *está en los cielos* de la Realidad Trascendente y ES esa misma Realidad. Cuando nos dirigimos a EL *en el secreto* o fuero íntimo de nuestra propia conciencia, que así se eleva *en sí misma y sobre sí misma*, nos abrimos y nos dilatamos *hacia adentro* y, entonándonos y estando en armonía con la Omnisciencia y Omnipotencia, que son sus atributos, nos hacemos vehículos, medios o *canales* para manifestarlas.

Por esta razón la Plegaria de la Verdad empieza con el reconocimiento de *Nuestro Padre que está en los cielos*, al que nos dirigimos en calidad de *hijos o manifestaciones*, con objeto de que sea *santificado o glorificado Su Nombre*. El *Nombre de Dios* es la Luz de la Omnisciencia, la Luz Creadora que es el Ser mismo y su resplandor: reconociendo Su Perfección lo santificamos dentro de nosotros, y por medio de nosotros *Su Gloria* se

hará patente también en el mundo exterior de los afectos (la Tierra).

De esta manera, cuando con la Luz de este discernimiento decimos: *Venga Tu reino*, estamos contemplando la Perfección del Reino de los Cielos o Realidad Trascendente, ese Reino que no se encuentra *fuera*, sino que está *dentro de nosotros mismos*. "Ni dirán: He lo aquí, o he lo allí: porque he aquí el Reino de Dios *dentro de vosotros está*."

Dado que el Reino de Dios es la Infinita Perfección *Su Voluntad* no puede ser más que el Bien, o sea *lo mejor y más deseable* en toda circunstancia. Por lo tanto, si decimos con discernimiento: *Sea hecha Tu Voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*, no podemos entender otra cosa sino el Máximo Bien, por encima de nuestra misma comprensión más elevada. Muy lejos de resignarnos en comparativa impotencia a la imperfección que vemos manifiesta exteriormente, afirmamos y proclamamos la Divina Voluntad, en que la Omnipotencia se une a la Omnipotencia, para que se haga lo mejor *en la tierra* (el dominio exterior o visible de los efectos) *así como en el cielo* (el dominio invisible y trascendente de donde manan las causas).

De esta manera nuestras aspiraciones y deseos personales se elevan purificándose en sus objetos y motivos, se entonan con la Voluntad Divina y Perfecta de nuestro Ser más elevado (que es *nosotros mismos*, y sin embargo infinitamente más grande, más poderoso y más sabio que nosotros), y reconociendo la Unidad de Todo nos unificamos interiormente con el objeto de nuestros deseos y estamos en condición de recibir así y lograr su

más plena y perfecta satisfacción, de acuerdo con la Armonía y la Justicia del Reino.

El discernimiento es de importancia fundamental, pues de otra manera aunque lográramos lo que deseamos; no conseguiríamos la *satisfacción* que solo puede darnos un perfecto conocimiento de lo real y de lo ilusorio, de lo que es *esencial* y de lo que es puramente *accesorio*. Así, cuando decimos: *Danos hoy nuestro pan cotidiano*, hemos de entender la SUBSTANCIA que llena y satisface todas nuestras necesidades, e igualmente el ENTENDIMIENTO que nos permita el uso y provecho sabio de aquella. Pues "Escrito está: No con solo el pan vivirá el hombre, mas con toda palabra que sale de la boca de Dios".

Lo que sigue después *y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*, es el implícito reconocimiento de los dos lados, polos o aspectos de la Ley, con los que hemos de conformarnos en pensamiento, palabra y acción, para que la Ley misma nos dé la satisfacción que le pedimos. *No podemos recibir sin dar* o hacer en todo caso *nuestra parte* demostrando la mejor buena voluntad. Nuestras faltas o errores no pueden sernos *remitidos*, hasta que no hagamos lo mismo, en lo que nos concierne con los errores y faltas ajenas. De aquí la necesidad de establecernos en una actitud de simpatía, armonía, benevolencia y perdón cuando sea necesario para con todos los demás (incluidos a los que llamamos enemigos) para que la Ley pueda surgir, *con nuestra cooperación*, sus efectos benéficos.

No nos dejes en la tentación, mas líbranos del mal muestra otro punto fundamental y necesario en nuestra actitud exterior, con el mundo de los efectos, al esperar

la realización de nuestros anhelos. El Mundo Exterior es el *Gran Tentador*, cuando nos dejamos influenciar y dominar por él, o sea por las consideraciones materiales, en lugar de conservarnos fieles a nuestro reconocimiento y a nuestros ideales espirituales. La *tentación* no puede evitarse, pero siempre podemos vencerla por medio de Discernimiento, permaneciendo fieles en la *afirmación de la Verdad* que se ha reconocido espiritualmente, aún en presencia de las condiciones y circunstancias que nos parecen más contrarias y desfavorables.

Para vencerla se necesita el *ayuno espiritual*, o sea que hemos de cesar de alimentarnos con lo que nos ofrece el dominio de la apariencias, o de la evidencia exterior (las *cáscaras* o *bellotas*) y comer solo el Pan de la Verdad que nos viene del cielo (las *inspiraciones* o *palabras* que salen de la boca de Dios).

Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria por todos los siglos (o mundos) en Verdad. Con este final reconocimiento la tentación es vencida, el mal (o lo malo) destruido en su raíz (la *causa interior* o *falsa creencia* que sólo le da poder sobre nosotros) y el Bien que hemos reconocido *en secreto* se hará manifiesto *en público*. O sea, el Principio del Bien, firmado y establecido como *causa* dentro de nuestro propio Mundo Interior, se hará manifiesto por medio de *efectos* o condiciones de la misma naturaleza en el Mundo Exterior.

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y os será abierto. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se abre.

En estas palabras, que constituyen una de las promesas, se halla indicado y subrayado otro punto de capital

importancia para la plegaria que se basa en el reconocimiento de la Verdad. No hay pues plegaria que no sea *escuchada*; más aún la Omnisciencia Divina sabe lo que necesitamos y que nos hace falta antes que se lo pidamos. Pero, si bien el Padre tenga la mejor voluntad de darnos aquella cosa, no será posible para nosotros recibirla si por nuestra parte no nos disponemos en la necesaria condición de esperanza y aceptación.

La primera cosa, para esto, es escuchar a nuestra vez lo que el Padre nos tenga que decir contestando a nuestra plegaria o petición. Es decir, que no se trata únicamente de hacer conocer al Padre nuestros deseos (puesto que ya los conoce mejor que nosotros), si bien de abrirnos interiormente en la implícita aceptación de la perfecta satisfacción de los mismos, escuchando lo que el Padre nos dice, o sea recibiendo y siguiendo la Divina Inspiración que contesta y satisface nuestras propias aspiraciones.

Toda plegaria es contestada primero interiormente, dentro de nuestra propia conciencia, que así se polariza y se dispone para la aceptación, llenando la Divina Presencia en nosotros las deficiencias de nuestra comprensión y discernimiento, lo mismo que de nuestro ánimo y capacidades. En otras palabras, entrando en la cámara secreta del corazón, el objeto no puede ser únicamente el de enterar al Padre de lo que ya sabe, sino que ha de ser, sobre todo escuchar lo que el Padre quiere decirnos, comulgar con El, tomar parte en Su Infinita Sabiduría y Poder y seguir Sus Inspiraciones estando así mejor capacitados para las tareas que nos incumben.

La contestación interior a nuestra plegaria —que puede ser inmediata, o venir después, cuando menos lo esperamos, o sea cuando nuestra mente se haya por fin des-

pejado de los pensamientos que la turban y le impiden reflejarla— es como un rayo de luz que desciende de improviso en nosotros, una súbita claridad que manifiesta la Divina Inspiración, y al mismo tiempo un sentido de Paz y Satisfacción que nos invade de dentro, y como un bálsamo sana todas nuestras aflicciones.

De esta manera se nos da lo que hemos pedido, y que no puede faltar en llegarnos, de acuerdo con la Justicia y Perfección del Reino, hallamos lo que estamos buscando, y se nos abre y nos recibe aquella puerta cerrada a la que estamos llamando.



V

TU VIDA ES PERFECTA

Conocemos del mundo, por lo general, sólo la apariencia y llamamos *real* lo que es por su propia naturaleza *transitorio y relativo*, variando y mudando continuamente, según las condiciones de tiempo y espacio en que se manifiesta. Sin embargo, tampoco sería justo llamar *ilusorio* a lo que de esta manera se impone a nuestra percepción exterior y nos hace *despiertos* en el conocimiento de ese aspecto de la realidad.

Pero sin duda estamos equivocados cuando confundimos la percepción imperfecta de nuestros sentidos, auxiliada por la imaginación, con la *realidad en sí* de las cosas que de esta manera conocemos, la *realidad aparente o fenoménica*, que es *efecto* de la percepción, con la *causa* de ella. Y la Metafísica nos enseña que, además de esa *realidad objetiva* manifiesta en el telar del espacio y del tiempo que constituye el Mundo Exterior, y a la cual se enfrenta nuestra propia *realidad objetiva* individual (el Mundo Interior), existe una Suprema Realidad *inmanente* y *trascendente* que el principio causativo de las dos anteriores, al que deben su *relativa* existencia.

En esta Suprema Realidad las cosas *son*, y no solamente aparecen, *permanecen* y no varían ni pasan como

sus *reflejos* que vemos en nosotros y fuera de nosotros. Además, aquí todo es *indisolublemente uno y perfecto*: no existe sombra de los contrastes y de los conflictos e imperfecciones que no nos es posible separar de la realidad física; no hay deficiencia de ninguna naturaleza, sino que todo es *infinita plenitud*.

Ahora es preciso que sepamos que en esta misma Realidad Trascendente se hallan los *arquetipos* —o sean los *moldes y modelos* primeros— de todo lo que existe: de todo ser y de todo átomo, de toda cosa que fué, es y será, de toda vida y de toda existencia. Estos Arquetipos son, en la Substancia de la misma Realidad, que es en sí Omnisciencia, Omnipotencia y Omnipresencia, *eternamente reales y perfectos*, existiendo en sí mismos por encima del tiempo y del espacio y de las condiciones objetivas y subjetivas en que puedan reflejarse y aparecer.

Goethe llamó a estos Arquetipos *las Madres*, siendo cómo la matriz en que se forma y se hace manifiesto todo lo que existe; el Evangelio de San Juan los llama *logos*. Idea o Palabra Creadora. Simbólicamente se han llamado también *los planes del Gran Arquitecto*, o sea el *principio geométrico* que "era en el principio con Dios" y por el cual todas las cosas fueron y son hechas.

Toda cosa transitoria todo lo que de cualquier manera pueda llegar a tener existencia subjetiva y objetiva, es como lo hemos dicho el *reflejo* de uno de estos Planes, Arquetipos o Principios Geométricos, cuya existencia permanente (como la de los números y de las Leyes Matemáticas) trasciende todo límite y contingencia de tiempo y de espacio. Pero, así como la sombra solo nos presenta una imagen bidimensional y comparativamente imperfecta del objeto que la produce, así también lo que de esta

manera se hace evidente a nuestra percepción exterior, sólo puede ser una imagen *relativamente imperfecta* de LO QUE ES EN SÍ, por detrás de la apariencia, y constituye la *realidad verdadera*.

Este conocimiento no es, como pudiera parecer, una pura y simple elucubración teórica, sin aplicación práctica, sino que por el contrario es un *talento* el cual, provechosamente empleado, nos dará sus frutos y ganancias de cien por uno y de mil por uno.

La perfección de la vida manifestada objetivamente en cualquiera circunstancia es pues *función* del más iluminado y claro *discernimiento* que en ella se haga de la Realidad; según nuestro propio discernimiento interior, así también se hará la manifestación exterior. Si nuestro discernimiento no va más allá de lo que aparece objetivamente, y obra sobre la base de esta percepción que es lo que considera como *verdadera y única realidad*, no podría ser más que un esclavo de esa percepción, subordinando su actividad a los modelos que haya encontrado fuera y reproduciendo y perpetuando en su propia vida todas las imperfecciones que exteriormente le parezcan *reales y evidentes*: debilidad, impotencia, enfermedad, pobreza y muerte.

Empero cuando nuestro discernimiento se haga más penetrante y profundo y empiece a ver *las cosas en sí* —en su Eterna *inherente* Perfección— sin confundir esta *realidad más verdadera* con la evidencia transitoria de lo que exteriormente aparece, y al mismo tiempo sepa que ésta última es *plástica* para el poder de nuestra conciencia individual, que se halla *libre* de moldearla en la *imagen y semejanza* de aquella —la Divina Perfección— cesa de ser un esclavo de esa imperfección y del mundo ex-

terior, y se convierte en *artista iluminado* que coopera concientemente para que se manifiesten y reflejen más perfectamente en la tierra los *planes arquetipos* de la Gran Realidad.

Esta facultad de *ver la realidad, y la perfección interior inherente en todo ser y en toda cosa, condición y circunstancia* es la CLARIVIDENCIA VERDADERA que no debe confundirse con la capacidad de ver otro *aspecto ilusorio* de la Realidad, distinto del que constituye la común y corriente experiencia de los hombres. Clarividencia (la *specialité* de Balzac) es, pues, *clara visión*, y sólo puede ser tal aquella que sea iluminada por la *verdadera luz*, la Luz de la Realidad: el ojo se convierte entonces en una Lámpara — "*Lámpara del cuerpo es el ojo*" — que es la misma Lámpara simbólica de Aladín, y la visión se hace el *poder* de convertir y transmutar las cosas en su propia imágen y semejanza — imágen y semejanza de la Suprema Realidad.

Tampoco hemos de considerar esta clarividencia como una facultad *inaccesible* para nosotros, o sea lejos de nuestras actuales e inmediatas posibilidades, y por ende algo *que no puede servirnos* en la vida práctica ordinaria. Muy al contrario esta facultad *está en nosotros*, oculta como aquella Lámpara de las Mil y Una Noches en un almacén oscuro y olvidado, y *con el uso* que hagamos de ella nos despertamos a su reconocimiento y al mismo tiempo aprendemos el *mágico poder* que se halla inherente en ella, y nos servimos de aquél, obrando sobre nuestras actuales circunstancias que de esta manera se transmutan y se aclaran, modelándose y obedeciendo a la *visión interior* que las ilumina, proyectando en ellas la Verdadera Luz, que es el mismo Poder de la Realidad —

aquel Poder que *ha formado los mundos* y continuamente los desarrolla y los renueva.

En la luz de esa Realidad, tú mismo puedes desde ahora ver tu propio ser y tu vida *como realmente son*, o sea *en la implícita inherente perfección* en que fueron creados o formados de LO QUE ES y que solo tiene el poder de durar y permanecer. Y en la medida en que tu discernimiento sabe elevarse por encima de lo que aparece *adentro* de la visión carnal, reconociendo la *causa invisible* de la manifestación visible, en la misma medida puedes regenerar y elevar tu ser y tu vida exterior, de manera que se hagan siempre más conformes con su *modelo espiritual interior*.

Las *palabras* que afirmes desde el punto de vista de esa visión, *harán más clara* la misma visión, y ésta a su vez dará a las palabras *fuerza, poder y efectividad*, de manera que no pueden *volverse vacías*, sino que llevarán a efecto y harán en su debido tiempo manifiesta todo lo que puedas encomendarles, así como el *efrit* de la lámpara ejecuta todo lo que Aladín le pide.

Por lo tanto afirma sin miedo LA VERDADERA REALIDAD de tu propio ser y de tu vida, y al mismo tiempo procura *verla claramente* con el ojo espiritual del discernimiento: reconoce y afirma *la realidad de tu ser divino y la infinita perfección que se halla en ti mismo*, de la cual eres heredero. Eres, pues, un Hijo de Dios o manifestación de la Suprema Realidad, y en ti se halla en estado latente *esperando tu reconocimiento y la capacidad de usarla* la Omnicencia y la Omnipotencia de tu Padre y Creador. Eres una Gota del Océano del Ser y de la Vida, y como tal *esencialmente idéntico* al Océano que es la misma Realidad.

Como es Perfecto *tu ser más íntimo y verdadero*, así también ha de serlo tu manifestación exterior: el cuerpo en que se halla expresada orgánicamente tu vida, así como la mente en que tu Ser Espiritual se refleja y obra como *conciencia individual*. Tu cuerpo es en realidad el Templo de esa Vida Divina, de la que solo ahora puedes conocer *un vislumbre*; pues aunque seas *tu mismo* esa Vida —Dios en tí— es infinitamente más Sabio y Poderoso que tú.

Reconoce como *divina*, y por ende *perfecta*, la Substancia de tu cuerpo físico: toda substancia es *divina e implícitamente perfecta*, y esa Perfección Inherente llega a ser *explícita y patente* cuando sea reconocida. Reconoce igualmente como *divina*, y por ende *eterna, inmortal e incorruptible* la Vida que lo anima, la Llama Sagrada que arde en tu corazón.

Tu vida exterior no es otra cosa sino la *ex-presión* de la Vida Interior: como ésta es Divina y Perfecta en su Esencia Eterna, aquella ha de serlo también, y *se hará tal* en la exacta medida en qua la Inherente Perfección Divina sea afirmada y reconocida. Piensa en esta *perfección implícita*: contéplala y medita sobre ella, afirmala en todo pensamiento y palabra, especialmente delante de cualquiera dificultad y contrariedad que puedas tener. Estas son *oportunidades* para afirmar y reconocer LO QUE ES, estableciendo su Reino o Dominio.

Si no hubiera tinieblas, qué razón de ser tendría la luz, y ¿cómo podría manifestarse? ¿Cómo podría el agua formar un río sin el cauce que la reciba? ¿Cómo podría quedarse el mar sobre las montañas?

Toda *sombra* que aparece en tu vida es tal para que la ilumine con la *luz verdadera* —la Luz de la Verdad y

la Verdad de la Luz que has encontrado en ti mismo y que *tú mismo eres*. Esta Luz es *divina*, es Omniciente y Omnipotente, y por lo tanto al mismo tiempo que ilumina *ve y obra*. Mira pues tu vida en esa Luz: mírate a tí mismo como *Dios te ve*, mira tu vida como *Dios la ve*.

La luz y no la sombra es tu *herencia verdadera*: ninguna sombra, ninguna falta, ninguna imperfección te pertenece en realidad, sino que vienen a tí para que hagas de ellas la *imagen y semejanza* de LO QUE ERES, de lo que has reconocido y afirmas como *realidad*. No deseches, ni desperdicies esa oportunidad, dado que el uso es necesario para ejercer, desarrollar y hacer efectivo el *poder latente* que se halla dentro de tí.

Delante de la enfermedad afirma la *perfecta salud* inherente en la Vida Divina en tí; delante del fracaso afirma el *éxito perfecto* de Aquél que obra en tí y por tu medio, cuyos planes no pueden frustrarse; delante de la pobreza y de cualquiera deficiencia, afirma la *omnipresencia* de la Substancia Divina Ilimitada y Perfecta, cuya Infinita Sabiduría y Poder te proveerán en cualquier momento de todo lo que puedas necesitar.

TU VIDA ES PERFECTA como ha sido concebida y planeada en la Divina Realidad: es *perfecta en sí*, y esa Perfección Latente se manifiesta en la medida de tu conciente reconocimiento. Haz pues, de toda circunstancia la oportunidad para *cooperar* con la Luz Creadora que se halla en tí, delante de la cuál *toda sombra se desvanece, todo problema es resuelto, todo obstáculo superado, toda contrariedad vencida, toda falta y deficiencia llenada, todo deseo satisfecho, todo anhelo realizado, y toda dificultad solucionada y compuesta en la forma más deseable para todos aquellos a quienes concierne*.

VI

EL "CRISTO" EN NOSOTROS

"Os es necesario que yo vaya: porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros".
(Juan, 16-7)

Es preciso que la vieja concepción *personal* del Cristo, y de la Divinidad en general —como algo *exterior* al hombre y ajeno a su propia creación— *se vaya* o se aleje de la creencia humana, para que el *Cristo verdadero* aparezca a la intuición de nuestra alma (la virgen Maria) y se haga manifiesto como *Dios en nosotros*.

No de otra manera podemos percibir y entender el Misterio de la Divinidad y de su *humana encarnación* sino reconociéndola *dentro de nosotros mismos*, como la propia y más verdadera realidad de nuestro ser, como el principio eterno y esencial de nuestra íntima conciencia y de nuestra vida, la perfección latente y el cumplimiento trascendente de todas nuestras aspiraciones, la *substancia real* de nuestra carne y de nuestra mente, de todos los átomos y de todas las cosas con que podemos estar relacionados.

En la tradición hebrea y gnóstica el Gran Nombre misterioso y supremo de la Divinidad, el *nombre inefable* que no podía ser pronunciado (substituyéndose, por lo tanto, en la lectura, con el título *Adonai* "Mi Señor"), es precisamente el Nombre del Ser (equivalente al sánscrito SAT *esencia* y ATMA *si mismo*) y significa "El *es*" o bien *qui est*. Este nombre, según la leyenda bíblica, fué oído por Moisés, como proveniente del zarzal encendido (el *fuego* es pues, un símbolo antiquísimo de la Divinidad), como parte de la frase "Yo soy Quien es".

Esta ESENCIA o SER es el Principio o Realidad Suprema de todo lo que *existe*, puede haber existido o existir. La misma *existencia* no puede ser otra cosa fuera de la expresión relativa y contingente de *lo que es* en sí y de por sí, en forma eterna y absoluta: el Ser *es*, y las cosas y "seres" *existen*, manifestando como vida o apariencia relativa a este Ser Absoluto, al mismo tiempo *inmanente y trascendente*.

Todas las cosas que conocemos, por su evidencia exterior, pueden en último análisis reducirse a cuatro *elementos* fundamentales: el Espacio (o *extensión*) simbolizado por el Aire; el Tiempo (o *duración*) simbolizado por el Agua; la Energía (o *movimiento*) simbolizada por el Fuego; y la Materia (o *masa*) simbolizada por la Tierra. Ahora bien, estos cuatro elementos *existen* relativamente el uno al otro, como cuatro aspectos *aparentes* (la Tétrada pitagórica, los Cabires de Samotracia, las cuatro letras del Nombre Inefable, los cuatro brazos de la Divinidad brahmánica) del Ser *que es* en ellos la Unidad trascendente, la única, suprema y eterna Realidad.

Este es el Dios *impersonal y esencial* o sea *Espíritu y Verdad* —al que se refiere Jesús, hablando delante del po-

zo a la mujer samaritana, y la voz del zarzal a Moisés, diciéndole: "Yo soy *Quien es*, tu Padre" (El Ser que es *padre eterno* de toda existencia individual, contingente y relativa), aunque se traduzca imperfectamente "Yo soy el Dios de tu padre" (Ex.3 6).

Aunque absoluta, suprema y trascendente Realidad, el Ser de todo lo que existe —reconocido como tal por todos los verdaderos filósofos e iniciados en los misterios— es *padre* de todo ser individual y de toda vida relativa. Y por lo tanto cada cual *puede y debe* encontrarlo en sí mismo, reconociéndolo precisamente como Padre (Esencia Originaria) de su propio ser y existencia. A este reconocimiento de la "Divinidad en nosotros" o *Emmanuel* se refiere el apotegma filosófico e iniciático *Gnothe seautón* "¡Conócete a tí mismo!"

El Ser que es Principio y Esencia Originaria de todo (el Océano y el Caos de su primitivo significado, de la cosmogonía helénica), del que manan, y por lo mismo igualmente en el que tienen que disolverse el Espacio (Urano), el Tiempo (Cronos), la Energía (Zeus) y la Materia (Demeter), es también Principio Esencial originario y eterno del hombre y de su vida. Por consiguiente, la perfección de ésta estriba antes que todo en un perfecto reconocimiento y *expresión individual* de Aquel.

Ahora bien, *el Cristo* (etimológicamente *ungido*, o "predestinado") es precisamente el nombre dado originariamente al *mésites* o Mesías, en el sentido de "conciencia individualizada de la Divinidad", que es al mismo tiempo la Idea Divina del hombre (el Hombre Celestial creado en *principio*, o espiritualmente, como Verbo o Hijo de Dios), y el *intermediario* ("mésites") entre el hombre y la Divinidad, y por lo tanto su *principio salvador* (Soter)

o redentor (el que *redime* o liberta al hombre, de la esclavitud del error y de la ilusión material).

Este es el Cristo que existía "antes de Abraham y de Moisés" (nuestra Divina Individualidad, llamada también simbólicamente *Hiram* o Vida Elevada, que preexiste a todas y a cualquiera de nuestras particulares *encarnaciones* o expresiones "personales"), al que hemos de buscar y reconocer dentro de nosotros mismos, como *imagen y semejanza de Dios* en el hombre, o sea el Hijo de Dios, y el ideal humano de su propia perfección sobre humana, *principio inherente* de nuestra redención de toda forma de esclavitud y de limitación terrenal, y "esperanza de nuestra Gloria" en el sendero kármico del progreso evolutivo, simbolizado por la Cruz.

El reconocimiento del Cristo en nosotros o *iluminación crística*, se halla a menudo simbolizado, tanto en el cristianismo como en los Misterios anteriores (llamados *paganos*), bajo el emblema del *nuevo nacimiento* o *renacimiento individual*. Los egipcios representaban ese "misterio", o revelación de la Verdad, por medio del símbolo del Fénix, así como por la resurrección de Osiris en y por medio de Horo, nombre común de todo iniciado o *renacido* (en sánscrito *divija*, y en la tradición hebreo-cristiana *Juan*). Entre los griegos era Dionisio que renacía como Iao o Iaho, nombre místico del Ser equivalente al Nombre Inefable de los hebreos. Y en el simbolismo cristiano es el mismo Cristo o *principio crístico* que nace o se expresa (*se encarna* como Verbo o Ideal Divino), en el alma o inteligencia purificada del hombre (la *virgen* María) "por obra del Espíritu Santo", o sea en virtud de la *inspiración*, que se manifiesta por medio de la *intuición* (la *anunciación* del ángel).

A la necesidad de este *renacimiento crístico* (o "en Cristo"), según la expresión de San Pablo, que se identifica con la *resurrección* de los misterios de Osiris, Adonis, Orfeo e Hiram, alude Jesús cuando dice a Nicodemo (Juan 3): "De cierto, de cierto te digo que el que no *naciere otra vez* —el que no naciere de *agua y de espíritu*— no puede ver (y entrar) en el reino de Dios". Pues, "lo que es nacido de la carne (el *agua* o *simiente*), carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es".

O sea, en los términos de la iniciación griega (que usa también San Pablo dirigiéndose a los Corintios el *hombre pneumático* (o espiritual), debe nacer o manifestarse por medio del *hombre psíquico* (emotivo e intelectual), del *hombre hílico* (carnal o material). "Así también es la resurrección de los muertos: se siembra en corrupción, se levantará en incorrupción. . . . se siembra cuerpo animal, resucitará espiritual cuerpo. . . . Así también está escrito: Fué hecho el primer hombre Adam en *ánima viviente*; el postrer Adam es *espíritu vivificante*. Más lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terreno, el segundo hombre es el Señor del cielo. . . . Y como trajimos la imagen del terreno, traeremos también la imagen del celestial. . . . Porque así como en Adam todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados". (1 Cor. 15).

Ahora, es preciso que sepamos que este Cristo o *conciencia de lo divino* en el hombre (cuyo despertarse constituye el llamado místico nacimiento o resurrección), es Infinita Sabiduría —principio de toda forma de *intuición* e *inspiración*— y la suma de toda perfección que puede nunca concebirse o desearse. Es nuestra propia *perfección*

sobrehumana (espiritual o divina) *latente y real* dentro de nuestra aparente y transitoria "imperfección humana". Precisamente como la planta está potencialmente latente en la semilla, de la que procede desarrollándose y haciéndose exteriormente manifiesta así también nuestra *perfección espiritual*, hállase potencialmente presente en la semilla de la personalidad ordinaria, que ha de ser *sembrada* en el campo de la vida y de la actividad, para que pueda expresarla, como hace la planta, creciendo constantemente por medio del esfuerzo *en el camino recto de la luz*.

Siendo el Cristo en nosotros, como imagen de la Divinidad, la Plenitud de toda Plenitud "por qué de su Plenitud tomamos todos y gracia por gracia", sólo es preciso que adquiramos conciencia de esa *presencia actual* — aunque *latente*, dado que el conocimiento individual es lo que se necesita para que se haga *patente* — para que se manifieste en nosotros, llenando de *adentro para afuera* nuestras deficiencias e imperfecciones espirituales, mentales y materiales. Pero, siempre es menester que reconozcamos esa inherente Perfección y Plenitud, *precisamente* con relación a la particular imperfección o deficiencia que queremos superar y vencer.

Ese Cristo *latente o dormido* está siempre con nosotros en el barco de nuestra personalidad, aparentemente a la merced de los elementos (influencias y condiciones externas) en el mar de la vida, precisamente como lo estaba en el Mar de Galilea, en el barco de sus discípulos, cuando por la tempestad éstos temían naufragar. "Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y a la mar; y fué grande bonanza". (Mateo 8-26).

Esto mismo podemos hacer nosotros: en cualquiera gran dificultad o tempestad de la vida, *confiando plena-*

mente en el poder del Cristo *dormido* en nuestro ser, que siempre se despertará a nuestra llamada, pues nuestra propia "falta de confianza" es en todo caso *lo único* que tiene poder para perdernos. De aquí la razón del justo reproche del mismo Cristo en nosotros: "¿Por qué teméis, hombres de poca fé?" Siguiendo su ejemplo siempre tenemos autoridad y poder para levantarnos en *su nombre* — no en nombre de nuestra actual personalidad, imperfecta y limitada, sino en el de la Divina Omnipotencia *inherente y latente* como Vida Elevada en nosotros — y mandar a los vientos y al mar, para que el Orden y la Armonía y Perfección del *plan divino* se haga patente en nuestro propio corazón y en la vida externa.

Esta *actitud positiva* de confianza plena, absoluta, entera, serena completa e inalterable en el Poder de la Realidad, que *obra constantemente* por medio del Cristo en nosotros, *puede siempre salvarnos y siempre nos salvará*, cualquiera que sea la naturaleza del peligro o dificultad que nos amenace, dado que éstos tienen su origen primero y su poder de permanecer en la propia *actitud negativa* de la mente y de la conciencia, y su objeto es precisamente *trasmutar esa actitud*. Son como los obstáculos, con los cuales aprendemos a brincar.

Pero, siempre hemos de despojarnos del *temor* y de la *duda*, dado que éstos, en cualquiera de sus formas, por el sólo hecho de existir y ser recibidos por nuestra conciencia, hacen *negativa* la actitud de la mente, y por consiguiente causativa, creativa y atractiva de todas las condiciones negativas, con las que vibra simpáticamente. El ojo ha de ser *simple y sincero*, o sea fijado firme y unívocamente en la Espiritual Realidad.

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

VII

¡HABLA "CON DIOS"!

"En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios (la Verdad y Realidad del Bien), y la Palabra era Dios (la esencia inmanente del Bien).... todas las cosas por ella fueron hechas, y sin ella nada de lo que es hecho fué hecho".

Todo lo que *existe* en la manifestación objetiva y contingente de *lo que es en sí*, permaneciendo como Realidad Invariable y Trascendente, por encima de su ostensible aparecer en un lugar y momento determinado.

Ninguna cosa visible puede llegar a ser tal, sino en virtud del *principio esencial* de aquella cosa, que es Eterno, Inmanente e Indestructible, y por lo tanto se halla presente en su estado de *omnipotencia latente* en cualquier lugar y en todo momento.

Lo que se llama *creación, manifestación o generación*, e igualmente *progreso y evolución*, no es otra cosa sino la expresión de este Principio Eterno y Causativo desde el estado de Absoluta Realidad, en los términos *relativos*

del tiempo y del espacio. Así también, cuando una cosa no sea exteriormente evidente, la *esencia y realidad absoluta* de aquella cosa y su *substancia espiritual* siguen existiendo en todo lugar y momento, y *pueden hacerse evidentes actualizando aquella cosa*, cuando su *principio* sea reconocido y afirmado por la conciencia individual, que así *coopera* con su expresión.

Ahora, el *medio* o principio consciente, que constituye el vehículo universal para la expresión de la Esencia Eterna de todas las cosas —que las contienen en sí en estado de *perfección latente*— es, precisamente, lo que el Evangelio de San Juan, de acuerdo con la filosofía platónica, llamada *Lógos* (en latín *Verbum* o *Palabra*), y el esoterismo de la India *Bija* (o *semilla*), siendo ésta última *raíz y principio operativo* de todos los *mantras*. La filosofía esotérica universal y todo profundo sistema de metafísica, están de acuerdo en reconocer en la *palabra consciente* (y, por lo tanto *sagrada*) el principio creativo y causativo del universo y de todas las cosas que existieron, existen y pueden existir, y el *mágico poder* operativo de todos los milagros, poder de que el hombre puede servirse para transmutar según lo desee su propia vida individual, con la única condición de que sepa usarlo *sabia y concientemente*.

No solo *puede* usar el hombre dicho poder, sino que *diariamente lo usa*, aunque de una manera por lo general inadvertida e inconsciente. Y el solo hecho de usarlo —con o sin discernimiento— lo sujeta a recibir y sufrir todas las consecuencias de sus palabras, tanto de las que expresa exteriormente como de las que permanecen dominando en su propio mundo interior, manifestándose eventualmente en su propia actitud y en sus acciones. Toda

palabra y todo pensamiento, aceptado y retenido en la conciencia individual, es la *semilla* que producirá frutos *según su especie*, los cuales el hombre tiene forzosamente que recoger cuando se le presenten, ya sean dulces o amargos, agradables o desagradables.

Según sembréis recogeréis. He aquí la expresión más clara y sencilla de una Ley Universal cuyas infinitas aplicaciones aparecen y se hacen evidentes, indistintamente en todas las manifestaciones de la vida, sin que nada pueda substraérsele. Todo lo que aparece en el mundo visible en general, y particularmente en nuestra propia vida individual, es, pues, *el efecto exterior de una causa interior*, siendo ésta última la *semilla mental* de la planta o fruto que ha crecido y madurado como acción, acontecimiento, condición o circunstancia, en la vida externa.

Así somos responsables de *todas nuestras palabras* (incluyendo las que decimos silenciosamente en nuestro corazón, y los pensamientos, juicios y determinaciones que acogimos en el mismo pues *nada hay oculto que no haya de ser manifestado, ni secreto que no haya de descubrirse*) y de todas tendremos que dar cuenta *en el día del juicio*, o sea, cuando, recogiendo sus frutos, se nos harán patentes sus efectos.

Nuestra vida actual es el resultado de las *palabras* que anteriormente hemos pronunciado, aunque podamos haberlo hecho, como antes lo decimos, de una manera inconsciente. La Ley obra con invariable exactitud y no puede traernos sino aquello que voluntaria o involuntariamente le hayamos *pedido*. De la misma manera nuestros pensamientos y palabras actuales son las *semillas y obreros* de las condiciones y circunstancias en que mañana nos encontraremos en el camino de nuestra vida: to-

da palabra y pensamiento *positivo y optimista* ejerce una influencia *constructiva*; mientras las palabras y los pensamientos *pesimistas o negativos* ejercen una igual influencia *destructiva*.

Reconociendo este principio y poniéndolo en práctica tenemos en nuestras manos *la llave del poder* que puede transmutar nuestra vida *en la imagen y semejanza de nuestros ideales, deseos y aspiraciones*. Por largo que nos aparezca el camino y lejos el objeto final de nuestros anhelos, nunca estará demasiado lejos el *primer paso* que desde ahora podemos dar en aquella dirección, o sea *afirmar* lo que queremos y deseamos en nuestro corazón, plantando la semilla en el terreno de una firme determinación, que luego hemos de regar con la fidelidad de nuestro propósito, conformando *en perfecta coherencia con el mismo*, todos nuestros pensamientos, palabras y acciones. Así la planta crecerá seguramente en aquella dirección, produciendo y madurando los frutos que deseamos.

Sí, por ejemplo, deseas una vida más plena, más tranquila y serena, más próspera, abundante y feliz, piensa y habla *únicamente* pensamientos de plenitud, paz, tranquilidad, armonía, prosperidad, abundancia y felicidad. Reconoce en tu corazón al Bien y Principio del Bien como *el único Dios y el único Poder* que obra en tu vida y en el mundo, sin contraponerle la creencia en el mal, como diablo antagónico que con Aquel divide el reinado y el cetro del poder. Pues *de acuerdo con tu fé* (o creencia) *así será hecho en tí*.

Ninguno puede servir a dos señores... no podéis servir (al mismo tiempo) *a Dios* (la Verdad y la Ley y Principio del Bien) y a *Mammón* (el error, la ilusión

y creencia en el mal). Elige pues, ahora, a quien has de servir y adorar (con cada una de tus palabras y pensamientos) y aquel será el que domine en tu vida y la hará, paulatina y seguramente *a su imagen y semejanza*. Cada palabra es en sí *la adoración implícita*, la afirmación y el reconocimiento de la *esencia* de lo que expresa, que así se hace efectiva estableciéndose en la conciencia como *causa interior* de un resultado externo de la misma naturaleza.

Ahora que sabes el poder de cada palabra, es necesario que aprendas a usarlas como es debido, de acuerdo con *Dios* (o sea la Verdad y el Principio del Bien) de manera que cada una de tus palabras *le adore*, reconociéndolo implícitamente, haciéndose vehículo para que se exprese o *reine* en tí, y de la misma manera se haga manifiesto en tu vida, como realidad efectiva y tangible en la *perfecta satisfacción* de tu deseo.

Dios (la Luz, la Vida y la Verdad) es el Principio Omnipresente y Omnipotente del Bien: adóralo afirmando *su actual y perfecta presencia en tí como plena satisfacción, cumplimiento y realización de tus aspiraciones*. No dudes ni vaciles, pues quien lo haga, revolviendo continuamente sus pensamientos del reconocimiento y afirmación del Principio del Bien, con el reconocimiento y la adoración del demonio antagónico del mal, *no espere tal hombre recibir nada de Dios*; sólo aquello que *domina absoluta e indisputablemente* en la conciencia individual, tiene poder efectivo y operativo en el mundo de la manifestación exterior.

Comienza por *negar realidad y poder* a todo lo que aparezca exteriormente como mal e imperfección: a la enfermedad, a la pobreza e insuficiencia; al fracaso, a la des-

armonía, al desorden, a la infelicidad y a la muerte; desecha por completo de tu mente el pensamiento de que algo o alguien pueda hacerte daño o perjudicarte directa o indirectamente, o que las circunstancias en que ahora te encuentras puedan limitarte y hacerte infeliz. *Afirma en su lugar la Realidad Omnipresente y Omnipotente del Bien, como único Principio, Ley y Poder que reiná en tu conciencia*, y si lo haces fielmente te será dada la luz, la inspiración y la firmeza de que necesitas para sostenerte y guiarte en ese Camino.

Aprende a *discernir, reflexionar y elegir* sobre cada uno de los pensamientos que se presentan en tu mente, y de las palabras que te suban a la garganta, y antes de acoger y entretener a los primeros, y dar salida y expresión a las segundas, está seguro que van de acuerdo con tu afirmación y reconocimiento de la Realidad Omnipresente y Omnipotente del Principio del Bien. *Substituye* todo pensamiento negativo, pesimista y deprimente, toda palabra que implícitamente afirme y reconozca la realidad y poder de la enfermedad, de la pobreza y del mal *por el opuesto pensamiento optimista, positivo y alentador*, y por la palabra que afirma la Realidad Absoluta de la Vida Eterna, de la Substancia Omnipresente, del Bien Omnipotente.

¡Habla palabras de Vida, Aliento, Abundancia, Prosperidad, Exito, Armonía, Amor y Benevolencia; palabras que estén con Dios y expresen su Infinita Perfección y Poder, que le sirven y le adoran, que te hagan canal de Su Gracia, receptáculo y vehículo de Sus Bendiciones!

¡Habla la Vida Eterna de la que eres manifestación, que no tiene principio ni puede tener fin, que se halla actualmente en tí en cada pensamiento y en cada átomo

de tu cuerpo, en el que se manifiesta como perfecta salud e integridad orgánica! ¡Bebe en el Cáliz Sagrado de esa Vida, comulga con Ella y alégrate en tu corazón!

¡Habla la Paz y la íntima Felicidad que acompaña el reconocimiento de la Vida que es, en sí, Infinita Beatitude! Especialmente habla la Palabra de Paz, cuando en tu mundo o en torno a tí aparezcan la ansiedad, el temor, la enemistad, la desarmonía, las diferencias y rencores, y cuando sientas la tentación de expresarlas a tu vez.

¡Habla la Divina Substancia Omnipresente, de la cual y por medio de la cual todas las cosas son hechas, y en virtud de la cual pudo Elías multiplicar el aceite y la harina de la viuda, y Jesús los panes y los peces para saciar a la muchedumbre hambrienta! ¡Habla la Infinita Abundancia de aquella Substancia, PRESENTE en todas y cada una de sus manifestaciones y símbolos exteriores como providencia infalible de toda necesidad, como satisfacción perfecta de toda hambre y deseo!

¡Habla con DIOS dentro de tu corazón, y Dios (o sea el Bien) estará siempre contigo!



VIII

VIDA Y SALUD

La vida no es el puro y simple resultado de la actividad orgánica sino más bien el Principio Causativo cuyos *efectos* aparecen en aquella. En otras palabras, la vida no depende del cuerpo, en que se observa su expresión fisiológica, sino que es una *esencia espiritual* que procede de nuestro íntimo ser, manifestando la Suprema Realidad en *existencia actual* individual.

Nuestra vida no es *material*, ni depende de causas materiales para su conservación, duración y perfección; las llamadas necesidades fisiológicas no son materiales sino en la apariencia, y expresan las características psíquicas y mentales que acompañan la vida en su actuación orgánica. Son efectos externos y visibles de causas mentales inherentes en nuestra constitución psíquica o interna, y la perfección de la vida fisiológica estriba en la perfecta expresión psíquica y mental de nuestra íntima vida espiritual, que es una esencia trascendente *divina y perfecta*.

Esto quiere decir que todo pensamiento y todo estado interno, emocional y mental, tiene una influencia sobre nuestro estado de salud; no solamente sobre la condición del cuerpo, sino también sobre su integridad y las características fisonómicas. Todo lo que aparece exterior-

mente tiene su origen en una causa interna, en la *forma mentis* de la persona, y puede modificarse cuando ésta también se modifique. No queremos, sin embargo, significar que un pensamiento o emoción pasajera pueda modificar una condición durable; sino que ha de *fijarse* en un estado mental habitual, en una condición interna de carácter permanente, para que el efecto externo pueda serlo igualmente.

Las enfermedades y defectos *crónicos* del organismo, que por lo mismo se hallan "rebeldes" a toda tentativa de curación puramente exterior —o sea, que obra sobre los efectos en lugar que sobre la *causa* o raíz interna del mal— se deben precisamente a condiciones psíquicas negativas, de carácter crónico o habitual, que se han establecido y arraigado profundamente, lo mismo en la mente consciente como en la subconsciente. También la *vejez* y demás condiciones orgánicas que se atribuyen *causativamente* a la edad, tienen su origen en estas dos fases de nuestra actividad mental; cuando sepamos aprovechar debidamente este conocimiento, habremos encontrado lo que se ha llamado el *elixir de larga vida y la fuente de la eterna juventud*.

La influencia del estado psíquico-mental interno sobre la salud y condición externa del organismo puede ser, por lo tanto, *positiva o negativa, armónica, constructiva o destructiva*. En el primer caso, la salud e integridad del cuerpo resultan naturalmente de la *inherente perfección* de la Vida espiritual o divina que puede fluir libremente y expresar armónicamente en la totalidad de nuestro ser psicofísico: en nuestra íntima conciencia, en nuestra mente y en nuestro cuerpo en todas las fases de sus actividades que manifiestan aquella. En el segundo

caso, se han creado dentro de nosotros obstáculos e impedimentos para ese perfecto flujo y expresión —*pecados* o desviaciones de la perfección de la vida interna— los que precisa remover y eliminar para librarnos de sus efectos externos que son la enfermedad, la debilidad, la vejez y la muerte.

La primera cosa que hay que hacer, en todo caso, es *buscar dentro de nosotros mismos el Divino Manantial de la Vida y su latente inherente perfección*, que es nuestro verdadero médico o Principio Salvador (no solo de la enfermedad, de la vejez y de la muerte, sino también de toda miseria o condición negativa de la existencia), tratando de adquirir una siempre mejor, más clara y permanente conciencia de ese Principio Vital y esa VITA PERFECTA que no se hallan nunca lejos de nosotros, sino que, al contrario es *inseparable* de nuestro más íntimo y verdadero ser. Para este objeto la misma enfermedad se hace *una oportunidad* para tratar de descubrir en nosotros esa Perfección Inherente (pero *latente*) y adquirir plena conciencia de ésta; según la reconocemos en nuestro corazón, así también se expresará en nuestro cuerpo.

De esta manera la Luz de la Realidad Espiritual (la *luz de lo que es eterna y realmente*) iluminará nuestra conciencia y estado mental, y podrá destruir los errores y falsas creencias (o sea, la creencia en la apariencia que se toma por realidad, basándonos en la *evidencia* externa y atribuyéndole un carácter que no le pertenece) que se habían arraigado, como otras tantas malas hierbas en nuestro ser, *obscureciendo, interceptando y alterando o viciando* la expresión naturalmente perfecta de la Vida del Ser en nosotros.

De aquí se ve que no puede uno sanar físicamente, de una manera efectiva real y permanente, si se sana o *convierte* mental y moralmente, librándose de todos aquellos *vicios y errores* que ejercen una influencia negativa y destructiva en toda la personalidad. No podemos librarnos de frutos indeseables sin cortar o destruir el árbol que los produce, ni evitar el recoger en nuestras condiciones externas los *efectos* de todas aquellas causas que permanecen activas en nosotros, vibrando en *desarmonía* con la inherente perfección de la Vida Divina de nuestro ser.

Así pues, para sanar durablemente, y librarnos de una buena vez de los efectos de nuestros pensamientos y estados mentales *viciosos, negativos y destructivos*, es preciso que el reconocimiento de la Vida Divina que se halla constantemente dentro de nosotros (pero, cuya expresión se aleja y se hace imperfecta cuando dominan aquellos) obre causativamente en todo nuestro ser, conduciéndonos a *pensar, desear y obrar de una manera armónica, positiva y constructiva*, o sea en perfecta consonancia con la inherente perfección de esa misma Vida. La *regeneración* física estriba en una correspondiente regeneración mental y espiritual: se necesita *buscar la perfección y la armonía en todos los aspectos de la vida*, empezando con el pensamiento y la vida interna, adquiriendo el control y dominio progresivo sobre los estados mentales y las emociones que alteren la serenidad y armonía del alma y sobre todo aquellos hábitos que desaprobe nuestra conciencia.

En otras palabras el reconocimiento metafísico de la Vida Perfecta *eternamente inherente* en nuestro propio ser

más elevado real y verdadero, ha de ser como el punto de partida que nos sirve para modificar y mudar en perfecta armonía con aquel nuestro estado psíquico y mental habitual, en el que cesan de dominar *pensamientos, creencias, emociones y hábitos viciosos*. La Vida Divina en nosotros es, pues *omnipotente*, y siempre trata y se esfuerza en iluminarnos con el conocimiento y la visión clara de lo que hemos de hacer en cualquier momento: podemos tenerle plena confianza, cuando hagamos nuestra parte *eliminando esos obstáculos* que son los que impiden su perfecta expresión.

Nuestro pensamiento es el primer punto y nuestra primera responsabilidad: una vez convencidos de que nuestra Vida Interna es *divinamente perfecta*, hemos de deshechar toda idea de enfermedad y de todo estado o condición imperfecta del organismo *afirmando constantemente* esa Perfección Interna que se halla constante y actualmente presente *espiritualmente* en nosotros y se manifestará físicamente según se refleje esa Idea en la conciencia. No se pueden evitar, en un principio, los pensamientos a que estamos acostumbrados, pero siempre está en nuestro poder el *aceptarlos y mantenerlos* como verdaderos.

Las *creencias* son aquellos pensamientos que se han aceptado como verdades o evidencias, ya sea individual como colectivamente. Hay muchas *falsas creencias* o *supersticiones* que descansan en un juicio superficial, basado únicamente en la apariencia, y que se disuelven delante del discernimiento espiritual de la Verdad, y que sin embargo se hallan difundidas en la colectividad que las acepta como *moneda corriente*, y hasta forma parte de la educación y de la organización social. Todo siglo tiene sus supersticiones, que son como la densa atmósfera que pe-

sa sobre la mayoría y los esclaviza, de las cuales el individuo puede librarse sólo por medio del íntimo reconocimiento y discernimiento de la Verdad, cuya misma existencia ponen en duda los que no se hallan todavía capacitados para aprenderla.

Entre las más comunes y difundidas de esas *falsas creencias* deben ponerse todas aquellas que se relacionan con las enfermedades, en lo que se refiere a la propia naturaleza de las mismas y a sus causas materiales, atribuidas a la inherente imperfección y debilidad de la carne, a la herencia o atavismo a los microbios y a un posible contagio, que en realidad estriba fundamentalmente en el *contagio de la propia creencia*, así como de la condición negativa de la mente y del temor que se le acompaña emocionalmente.

Esas creencias o *ideas de enfermedad* son precisamente las que fortifican y alimentan el principio causativo interno (en la mente individual en que se apoyan como las malas hierbas en un jardín que se descuide) de su propia manifestación como *efectos externos*. Solo pueden disolverse individualmente, quedando inmunes de sus efectos fisiológicos cuando se reconozca y se afirme la inherente perfección de la Vida Divina interna, de una manera constante, positiva y habitual. Sin embargo, solo puede uno en definitiva librarse completamente de los dichos efectos, cuando haya logrado con fiel perseverancia imprimir ese reconocimiento conciente de su propio discernimiento espiritual, *también en la mente subconciente* que trabaja por su cuenta de una manera automática, siendo el resultado de la experiencia pasada individual y colectiva.

Por lo tanto, nuestra principal labor ha de ser la reeducación de nuestro subconciente, que es aquella fase de la mente que preside a las funciones orgánicas, manifestando igualmente la salud y la enfermedad, y que se halla influenciada por cualquiera creencia, y trabaja sobre la misma para llevarla a efecto, sin discernir o juzgar de su bondad o maldad, ni de su verdad o falsedad. La luz de nuestro espiritual reconocimiento debe penetrar en esa región oscura e inferior de nuestro ser, *redimiéndola* de todos aquellos errores, tendencias y hábitos negativos que en la misma se han establecido.

Con el dominio del pensamiento se obtiene también el de los hábitos y de las emociones: éstos son pensamientos que nos mueven internamente, y aquellos pensamientos madurados en acciones repetidas, que siguen repitiéndose automáticamente. Aprendiendo a pensar de una manera justa, clara y serena, nos libraremos fácilmente de todos aquellos hábitos y emociones que obren en nosotros de una manera *disarmonica, viciosa y destructiva*.

Finalmente, no debe descuidarse ninguno de los hábitos fisiológicos, que son la *fundación* sobre la cual descansa la expresión de la vida orgánica, y que cesaría de soportarla cuando fuera corrompida. Es preciso que todos esos hábitos sean iluminados por nuestro elevado discernimiento de la Verdad, para que contribuyan al *orden y armonía* de la vida en cualquiera de sus aspectos, y sean *constructivos y no destructivos*; pues muchos son los hábitos destructivos que pervierten al instinto natural de la vida encaminándola hacia la ruina o *degeneración*, cuya iluminada educación es elemento y material indispensable en el proceso de *regeneración* que hará nuestra existencia más perfecta y duradera.

IX

NUESTRA VIDA ES INMORTAL

Nuestra vida es la expresión de una Realidad Eterna y por ende fundamentalmente *incorruptible e inmortal* en su principio así como en sus elementos, aunque aparezca externamente mortal y corruptible en su actual manifestación fisiológica.

La Ley inherente en la vida es la *continuidad* de su expresión ininterrumpida y progresiva, y en el espacio —continuidad que no se halla nunca destruida, en realidad, por ninguno de los cambios que puedan ocurrir en la *forma* externa de su manifestación. El más evidente de estos cambios, la *muerte* o separación de la vida individual de su expresión personal, es aquel que también se considera de ordinario como una ley *absoluta e inevitable* de la existencia terrenal.

Esta concepción, que hace de la muerte y de la corrupción la *ley fatal* de la carne y el adversario inexorable de la vida, se debe a la incomprensión de la naturaleza verdadera de ésta, y de la Ley inherente en la misma, que es *el progreso incesante e inevitable*. Lo que llamamos muerte es simplemente un incidente o fenómeno de nues-

tra existencia física que se hace inevitable y necesario en proporción de como la *forma* de ésta ha llegado a ser un *obstáculo* para el progreso y la más plena y perfecta expresión de la Vida: mientras ese obstáculo, formado principalmente por los errores y falsas creencias que se han arraigado y acumulado en la mente personal, no sea superado de otra manera, por medio de la armónica cooperación del individuo con la Ley de la Vida, la *separación* de la vida de la forma se hace indispensable.

La *causa de la muerte* estriba, pues, en la propia *conciencia adversa* a la Ley de la Vida y a su siempre más armónica, perfecta y progresiva expresión. Esta "conciencia adversa" del "yo" personal, que se apega estrechamente y se envuelve en sus errores, limitaciones y falsas creencias, en lugar de abrirse plenamente al influjo de la Gran Marea renovadora y regeneradora de la Vida, es precisamente *el adversario* o Satán, de que se habla más de una vez simbólicamente en la Biblia. No se trata de una personalidad, ni de un ser o principio, en oposición con el Supremo Ser y Principio del Bien, sino de un *estado de conciencia* que, dentro del hombre mismo, se opone a la perfecta expresión de aquel en su propia vida individual, produciendo en ésta —como consecuencia inevitable de su oposición o *desobediencia* al Principio y Ley de la Vida— la cosecha del dolor y del sufrimiento, de la enfermedad y de la muerte.

La oposición de esta *conciencia refleja* de la personalidad humana, que se arraiga en los errores y falsas creencias que descansan en la ilusión material, produce lo que se ha llamado *pecado*, o sea un estado de *disarmonía, desviación y separación* con relación al Principio y Ley de la Vida; y ésta es la causa de todos los *males* del hom-

bre, del sufrimiento con el cual ha de madurarse su conciencia y discernimiento (de manera que aprenda a elegir más sabiamente), y de la misma *muerte*, cuyo objeto final es el de darle una siempre más pura, elevada, plena y perfecta conciencia de la Vida.

Sin embargo, siempre se halla en poder del hombre reconocer la Esencia Eterna de la Vida, que mora en el Templo de su expresión orgánica, y aprender a *cooperar* con la misma, de una manera progresivamente armónica y constructiva, obedeciendo a su Ley —la Ley del Bien y del Amor— en cada uno de sus pensamientos, propósitos, palabras y acciones.

Por medio de este proceso de *obediencia y armonía* siempre más estrecha y completa con la Ley y Principio de la Vida (simbolizado en la parábola de la *vuelta del hijo pródigo* a la mansión del Padre) la misma expresión de la vida viene a ser *convertida, rectificada y progresivamente regenerada* en cada uno de sus aspectos, primero en dominio del pensamiento y de la vida interna, y luego también en el de la forma y de la vida orgánica externa. Al dominio o reinado del error, en sus diferentes fases, substituye gradualmente el *Reino de Dios*, o sea de la Verdad, y cuando éste domine plenamente, toda la personalidad humana se habrá *regenerado*, el hombre habrá *nacido nuevamente* "de Agua y de Espíritu", o sea como pura y perfecta manifestación espiritual, *incorruptible* en su misma expresión orgánica.

De esta manera el hombre *muere gradualmente* a todos sus errores vicios e ilusiones y *renace diariamente* en su siempre más pleno, claro y perfecto conocimiento y discernimiento de la Verdad: este último es el Espíritu o Soplo Divino que le *vivifica* en la conciencia luminosa

de la Vida Eterna, mientras el Agua *purificadora* es al mismo tiempo el Leteo que disuelve y aleja de él hasta el recuerdo de sus errores e infracciones a la Ley de la Vida, y Mnémósine, como Fuente de Sabiduría, que despierta en él la memoria, antes *adormecida* de la Divina Realidad.

Este proceso de *regeneración*, que tiene su fundamento en la despertada conciencia de la Vida Eterna y de su *inherente* Perfección Divina, entraña en sí mucho más de lo que puede aparecer a primera vista en esta sencilla delineación únicamente destinada a poner en claro sus principales factores y elementos. Se trata en realidad, de nada menos que de la perfección de aquella misteriosa Gran Obra, a la que aludían alegóricamente los alquimistas medievales en sus escritos, entre cuyos resultados más apreciados hallábanse la *piedra filosofal*, la *panacea* o remedio universal, y el *elixir de larga vida*.

La *piedra filosofal*, que permite la transmutación de los metales inferiores en oro, no puede ser otra cosa (como lo dice su nombre) sino el Conocimiento de la Verdad *firmente establecido* en la conciencia individual, en la que madura y se cristaliza gradualmente, como resultado del *amor de la Sabiduría* que se aplica constantemente a la *materia prima* de todas las condiciones y experiencias de la vida. Esta materia prima "rechazada por el hombre ignorante y vulgar y recogida con amor por el verdadero "filósofo" oportunamente tratada en el crisol de la inteligencia, ha de producir finalmente, por medio de su *sublimación* el resultado deseado.

Cuando se posea esa "piedra" o *firme resultado*, nada en la vida aparecerá como vil, indigno o malo en sí mismo; sino que en todo se revela su *perfección inherente* y

latente, y con esa visión espiritual se adquiere también la capacidad o poder de hacerla *patente y manifiesta*.

La *panacea* o remedio de todos los males, es otro aspecto de la misma "piedra filosofal", en cuanto ésto destruye el mal de su raíz —que es el *error*— de manera que cesa automáticamente de producirse o fructificar externamente. Lo mismo puede decirse del *elixir de larga vida*, o sea la Conciencia de la Vida Eterna, por medio de la cual se *regenera integralmente* y progresivamente renace la manifestación individual, en el cuerpo como en la mente, de manera que cada pensamiento de ésta y cada célula y átomo de aquel reflejen fielmente la Perfecta Idea de la Vida y la Luz Divina de la Verdad.

El *atanor* en que se verifica simbólicamente la Gran Obra se halla constituido por la integridad de nuestra expresión personal, comprendiendo al mismo tiempo el cuerpo y la mente, que contienen en sí los diferentes *materiales e ingredientes* de la Obra. Entre éstos deben notarse principalmente el *azufre*, como principio y expresión activa de la vida, la *sal* o resultado final de la cristalización de todas las experiencias, y el *mercurio*, como principio del ritmo que se hace activo en todo cambio, renovación y transmutación.

Como lo hemos, dicho, el proceso de la regeneración ha de verificarse igual y paralelamente en la mente como en el cuerpo. En la primera por medio de la *conversión* que estriba en la continua destrucción y progresiva eliminación del error en cualquiera de sus formas, substituyéndole el dominio pleno y completo de la Verdad. Esta Verdad, *reconocida espiritualmente*, es fundamentalmente idéntica con la Vida, y su constante y progresivo reconocimiento y afirmación es el Casino que nos

lleva a la Plenitud de Aquella, que es Conciencia de la Vida en su Divina Realidad: *eterna, perfecta e inmortal*.

Este proceso de trasmutación que se verifica en la mente y en la conciencia interna, es la base de un proceso análogo que viene, de esta manera, a ser *inducido* en el cuerpo, dado que hay constante *interacción* entre la primera y el segundo. Todas las células deben de renovarse, de manera que los átomos y partículas de que se componen *armonicen y vibren al unísono* con la nueva Tónica de Vida que se establece en la conciencia: toda idea de muerte y de mal, de sufrimiento y dolor debe desaparecer por completo tanto de la conciencia como de la mente subconciente y de la expresión orgánica de ésta en las células.

El hombre debe *alimentarse con la Idea de Vida tanto espiritual como materialmente*. Por lo tanto, ha de hacerse moralmente incapaz de *recibir y contracambiar* el mal en cualquiera de sus formas: cesando de recibirlo, éste cesa de existir en su conciencia y en su vida: por consiguiente toda condición y apariencia distinta, tiene que resolverse favorablemente en un resultado benéfico. No comerá sino de aquellos alimentos que, por su origen y la manera de obtenerlos, reflejen las ideas positivas de Vida, Armonía, Benevolencia y Amor; dado que todo alimento físico expresa la *idea instintiva* que presidió a su formación, y además participa de las ideas que se asimila con la manera de obtenerlo.

Cuando se obtenga por medio de la violencia, del dolor y de la muerte, como sucede con la carne de los animales, éstas ideas se hallan impresas en los tejidos, junto con las *pasiones e instintos animales* que los han construido y que, como aquellas, son asimiladas por el hom-

bre, almacenándose en su mente subconciente, al comer de esa carne.

En el caso de alimentos vegetales, especialmente frutas, las *ideas* que se reciben asimilándolos, y que formarán parte de nuestra constitución psico-física, adaptándose a la tónica individual, son muy diferentes: junto con las ideas de Vida, de Elevación y aspiración progresista, se encuentran las de Armonía, Fé, Esperanza y Amor, como *constructoras* de toda forma de vida vegetal.

Por esta razón la serenidad y la paz del alma, el dominio de sí mismo la firmeza y perseverancia y las más elevadas aspiraciones se hallan favorecidas por una alimentación de esta última clase.

Otros dos puntos físicamente importantes para la *regeneración individual* y la expresión de la Vida Eterna en el cuerpo son el *agua* y el *espíritu* en sus aspectos materiales en nuestro organismo. La primera está representada por las *aguas vitales* que constituyen la quinta-esencia del plasma orgánico elaborada por las glándulas de *secreción interna* especialmente sexuales. Estas aguas en general se desperdician por medio del uso y abuso con el otro sexo, y es preciso aprender a *conservarlas y purificarlas*, dado que sin ellas sería imposible la regeneración y la renovación orgánica: el *nuevo nacimiento* sólo puede verificarse por medio de aquellas mismas fuerzas que aseguran, con la reproducción, la continuidad de la vida. La vida individual sólo puede conservarse con la fuerza que perpetua la vida de la especie.

El *espíritu* está representado orgánicamente por la función respiratoria de la que toma alegóricamente su nombre. Esta función, cuya influencia sobre las condiciones generales del organismo es aún muy poco conocida sien-

do aquella que, como el volante de una máquina, regula todas las demás funciones del cuerpo, debe modificarse y llegar a ser *expresión perfecta de la vida individual*, reflejando armónicamente en su ritmo la tónica de ésta. Debe correspondientemente ampliarse, extenderse, hacerse más plena, rítmica, profunda y completa. Debe ser el mismo *espíritu de vida* que se hace evidente en el cuerpo del hombre.



X

LAS LEYES DE LA SALUD

La Vida tiene inherentes en sí misma las Leyes que rigen y facilitan su perfecta expresión, contribuyendo además a restablecer el estado de armonía y equilibrio normal que constituye la salud, cuando esté perturbada a raíz de la ignorancia del hombre; en sus intemperancias y en sus errores.

El reconocimiento, la observancia y la armonía natural del individuo con estas leyes, orienta indefectiblemente la vida orgánica hacia la salud, la eficiencia, la plenitud, el contento, optimismo, satisfacción interna y longevidad; mientras que la falta de reconocimiento y observancia de las mismas leyes y por ende el estado de disarmonía que así se establece entre la vida y ser del hombre, que deja de ser vehículo perfecto de aquella, son otros tantos factores *negativos* que hacen desviar y empobrecen la vitalidad, produciendo como resultados inevitables la deficiencia y debilidad orgánica, la falta de resistencia y dominio de sí mismo, la enfermedad de carácter crónico (más bien que como proceso o crisis temporánea de purificación y restablecimiento), y finalmente la muerte.

La Ley Divina inherente en el Don de la Vida, no puede impunemente violarse de una manera permanente: la Pureza y Perfección de esa Vida brotando del Eterno Manantial no puede, ser manchada y contaminada por los vicios y errores de los hombres, y por lo tanto constantemente tiende a *separarse*, cuando éstos le impidan su perfecta expresión. Esto precisamente significa la condenación bíblica del hombre a la fatiga, la enfermedad, el dolor y la muerte, a raíz de su violación o desobediencia a la Ley de la Vida.

No podemos sufrir y gozar del Don de la Vida permanentemente en su plenitud, integridad y eficiencia sino en proporción de nuestra íntima Armonía con esa Divina Corriente, y de nuestra conformidad con las Leyes que rigen su perfecta expresión —conformidad que ha de existir tanto en el dominio interno de nuestros pensamientos, sentimientos y deseos, como externamente en todas nuestras palabras y acciones.

Para que nuestros días se hagan lo más posible largos y felices sobre la tierra, y el Don de la Vida pueda ser gozado en su real y más verdadera Plenitud— en cuanto se hace principio de una fecunda y fructífera actividad constructiva en lugar de ser disipado destructivamente, atando al hombre a sus vicios, errores y pasiones— es preciso que hagamos cuanto está en nuestro poder para que nuestro cuerpo sea lo más posible el Templo Puro y Perfecto de esa Vida *íntima y eternamente Pura y Perfecta*.

De aquí la necesidad de considerar atentamente *lo que entra y lo que sale* de nuestra organización psicofísica, como factores de naturaleza positiva, o bien negativa para el equilibrio y armonía de la integridad de nues-

tro ser. Uno de los errores más comunes y frecuentes consiste precisamente en *separar y considerar como distintas*, y hasta en oposición, a la naturaleza física y espiritual del hombre, perdiendo de vista la necesaria *unidad* de éste, en su triple expresión, con la Vida *una e indisoluble* en todas sus diferentes manifestaciones.

El hombre se alimenta diariamente con su comida, con el aire que respira, y con los pensamientos, creencias, palabras, ideas e inspiraciones que en cualquier momento puede recibir, asimilar, entretener y afirmar dentro de un ser interno. Los unos y los otros son igualmente *factores*, tanto de su constitución orgánica entre los unos y los otros. Es decir, el alimento que constituye la comida material participa siempre, de alguna manera en la naturaleza de los pensamientos e ideas que dominan la mente, y los dos influyen sobre la función central e intermediaria de la respiración, de la que se hallan igualmente influenciados a su vez.

Si bien *la actitud con que se recibe* interiormente el alimento, para transformarlo en factor y material constructor en armonía con la *tónica* individual, es más importante que la especial naturaleza del alimento en sí mismo, ésta también no deja de tener mucha importancia, en la economía psicofísica, para lograr el mejor resultado y hacer nuestra construcción de carácter más firme, estable y duradero, con el menor dispendio de energías. Ningún arquitecto o constructor dotado de experiencia puede descuidar la selección de los materiales más convenientes y adaptados para la naturaleza del edificio que se propone levantar.

La *calidad* del alimento que se recibe, física y mentalmente, es por lo tanto el primer punto que debemos

considerar, dado que, en un primer tiempo, siempre es el alimento externo aquel que *hace al hombre su imagen y semejanza*, y sólo en un grado superior de evolución — cuando se haya hecho capaz de *recibir y asimilar* “las palabras que proceden de la boca de Dios”, o sean las *inspiraciones espirituales*— será capaz de imprimirle en forma eficaz, y con carácter realmente dominador, el Sello Divino de la Individualidad.

Después de la calidad —que ha de ser lo más posible de un carácter *puro, positivo, rítmico, armónico, constructivo y vital*— vienen la *cantidad* del alimento, y la manera de asimilarlo. La cantidad ha de ser tal que favorezca el equilibrio y la tónica más elevada, la mejor eficiencia y actividad del organismo, y por lo tanto debe cuidadosamente evitarse toda forma de *intemperancias* todo exceso en la comida es un factor negativo y destructivo del equilibrio individual, un elemento de *intoxicación, enfermedad y muerte*, que ha de ser dominado y superado para evitar sus sanciones.

Pasando a la actitud o manera en que se toma, recibe y asimila el alimento, esta debe ser *positiva, tranquila, optimista y constructiva*. La *actitud positiva* es aquella en que se afirma la tónica *individual y divina* de nuestro ser interno sobre cada partícula de alimento que se recibe en la catera de nuestro templo orgánico; la *tranquilidad* del espíritu y *serenidad* de la mente, nos harán comer LO MAS DESPACIO POSIBLE, *de manera que cada bocado de alimento sea enteramente disuelto por la saliva, sin necesidad de tragárselo* con mayor o menor violencia, como se acostumbra. Comiendo despacio y serenamente se logrará la más perfecta digestión, la más completa asimilación, reduciéndose también naturalmente y sin esfuerzo la can-

tidad (hasta la mitad, la tercera parte o menos de lo que se comía anteriormente), con una mejor nutrición, exenta de las intoxicaciones, impurezas y demás factores destructivos que acompañan la digestión imperfecta.

La actitud es *optimista*, cuando en el fondo de todo pensamiento se encuentra como elemento *fundamental constante y permanente*, la idea y la creencia en el Bien. Esto es muy importante porque, así como nuestro organismo se asimila el alimento, así también y al mismo tiempo, el alimento recibe y se asimila nuestros pensamientos para llevarlos en la circulación de la linfa y de la sangre y en las células en las que ha de ser empleado. Así, literalmente, nuestros pensamientos *se hacen carne*, y contribuyen a determinar la naturaleza y estado de nuestro cuerpo, en el que imprimen sus ideas dominantes, lo mismo que en nuestro carácter.

Finalmente, la actitud es *constructiva* como *resultante* de los tres factores anteriores, mientras resulta análogamente *destructiva* en proporción de la deficiencia de aquellos.

Lo que hemos dicho con particular referencia al alimento físico, se aplica también a las ideas y pensamientos que diariamente recibimos, a *las palabras que caen* en nuestros oídos, así como a las experiencias de cualquiera naturaleza que nos ofrezca la vida diaria. En estas últimas, especialmente, que también contribuyen *nuestra comida*, siendo todas indistintamente otras tantas oportunidades para nuestro *crecimiento interno* (por medio del desarrollo que estimulan en nuestras facultades y conciencia interior), es importante la *actitud*, que, como lo dejamos dicho, ha de ser siempre *positiva* (afirmando la superioridad del Poder de la Realidad sobre la apariencia transitoria), *tranquila* (no dejándose asustar ni desviar,

por ninguna consideración externa, de lo que internamente reconoce y juzga Mejor), *optimista* (viendo el Principio del Bien constantemente activo en toda circunstancia y en cualquier momento) y, por ende, *constructiva*, como resultado final necesario e inevitable.

Refiriéndonos a la asimilación de los pensamientos, es muy importante por un lado *cuidar y elegir nuestras lecturas*, y por el otro *vigilar la corriente ordinaria de las ideas*, y además un tercer punto del que hablaremos después.

Quien se ceba diariamente con las banalidades de los periódicos corrientes, asimila forzosamente las ideas y pensamientos negativos y destructivos de que se hallan saturados, y pierde un tiempo que hubiera podido provechosamente emplear en una lectura útil y constructiva. Es buena regla *leer en primer lugar aquello que nos alimenta espiritualmente, nos inspira y nos fortalece moralmente*, en segundo lugar todo aquello que puede darnos alguna información útil y necesaria para nuestros propósitos particulares, y en tercer lugar aquello que nos recrea *ejercitando la razón y fortificando el discernimiento* y ampliando el horizonte de nuestros pensamientos y conocimientos. Todo lo demás sale sobrando, y se hace factor negativo y destructivo del carácter y de la vida.

Todo ésto tiene igualmente importancia para nuestra *salud integral*, en la que, cuerpo, alma y espíritu son tres factores que encuentran su *armónica unidad*. El tercer punto es la *meditación*, o sea el hábito de concentrarnos todos los días a la misma hora (a preferencia como *primera cosa* al levantarnos en la mañana) sobre alguna afirmación, idea, pensamiento o plegaria positiva, de manera que *se eleven nuestras aspiraciones* en el dominio de

la Trascendente Realidad, y de la misma recibimos las *inspiraciones* que han de alimentarnos y fortalecernos espiritualmente.

Otro elemento indispensable de la salud es el *uso más armónico, ordenado, sereno y constructivo de todas las facultades* de que estamos dotados, empezando por el pensamiento y demás facultades que lo acompañan y se expresan en la *palabra* y en la *acción*. Aquí tenemos precisamente *lo que sale* de nuestra constitución psicofísica, o sea lo que se manifiesta de nosotros como *flor y fruto* de nuestro ser, y de la obra vital que se desarrolla dentro del organismo: toda palabra es una *flor*, toda acción es un *fruto*, en que se manifiestan las plantas cultivadas en el jardín individual de la mente. Las palabras y acciones *constructivas* producen un resultado análogo, con reacción natural e inevitable en nosotros mismos; las palabras y acciones *destructivas* producen efectos igualmente destructivos: las primeras fomentan nuestra salud, alargan la duración de la vida, contribuyendo a darnos satisfacción, contento, éxito, felicidad y prosperidad. Las segundas obran en sentido opuesto, disgregando la integridad y armonía de nuestro ser y existencia, y produciendo hasta la enfermedad y muerte.

Por último, como elemento y Ley fundamental de la salud hemos de hacer hincapié sobre la necesidad del siempre más profundo y mejor reconocimiento del Principio y Manantial de nuestra vida, que es Padre o *esencia* de nuestro ser y Madre o *substancia* de nuestra expresión, tanto en el dominio espiritual interno como en el dominio físico externo. Este reconocimiento ha de elevarse progresivamente, llegando al grado de *íntima comunión*,

en que se hace un verdadero Sacramento Vivificador y Regenerador de la existencia individual.

Sintiéndonos *hijos* de este Principio Unico (o Unico Dios) en su doble aspecto, y honrando y apreciando el Don de la Vida, para hacernos siempre más dignos, con su mejor expresión, de su más armónica y gozosa fruición, estamos capacitados para *alargar indefinidamente* nuestros días sobre la tierra, precisamente en la exacta medida de como somos capaces de *renovarnos y elevarnos* diariamente.



XI

COMIDA Y ALIMENTO

El alimento es, tanto por su calidad como por el uso más o menos sabio y racional que del mismo se hace, un factor y elemento fundamental de la salud y de la desviación de ésta en lo que se suele llamar enfermedad. Así como se puede encontrar el origen de casi todas las enfermedades en algún error o vicio de alimentación, así también se pueden aliviar corrigiendo, sanando y rectificando los hábitos alimenticios.

El alimento y la manera de tomarlo o aprovecharlo son los dos puntos que hemos de considerar. Con respecto al primero, debemos decir ante todo, que es un error ver en el mismo un elemento o factor exclusivo *material*. Para quien posea el justo discernimiento, lo material y lo espiritual están continuamente enlazados y son inseparables el uno del otro, constituyendo los dos aspectos, caras o polos, respectivamente visible e invisible de una misma cosa.

En otras palabras, no existe cosa material que no tenga también su contra parte, raíz causativa o esencia espiritual, ni elemento, factor o valor espiritual que no tenga alguna expresión evidente o potencial en el mundo fenoménico. Y en la sutil esencia anímica, mental o espiritual, que acompaña —como elemento *interno* de un

carácter más permanente, real y duradero— a cualquier cosa material, hemos de reconocer la íntima *virtud* o cualidad característica que ésta pueda poseer.

Para explicarlo más claramente puede decirse que en todo alimento, además de su valor nutritivo que se puede expresar químicamente como resultante de cierta cantidad de hidratos de carbono, acompañados por una proporción variable de *proteínas* o sustancias azoadas, y de sales minerales, hay un valor *energético* que resulta en la concentración de las energías (especialmente rayos solares y vibraciones cósmicas) que presidieron a su formación, y un elemento mental o *ideal*, que se relaciona con su procedencia, la manera de obtenerlo y el objeto o finalidad al que estuvo primitiva y naturalmente destinado.

Al asimilar el valor químico y energético-vital de un determinado alimento, también asimilamos y tomamos parte en la *idea* o factor mental que constituye su substrato anímico, y en la *virtud* o *cualidad* que constituye la tónica dominante de la misma.

Bajo este último punto de vista, o sea el de la nota que, por así decirlo, tocan y hacen vibrar en las diferentes partes de nuestra constitución psico-física, los alimentos fueron clasificados por los antiguos sabios de la India en las tres categorías de *tomásicos*, *rajásicos* y *sátvicos*, según, respectivamente acrecientan la inercia, pereza y esclavitud de lo material; o bien fomentan la energía, la violencia y la pasión; o bien contribuyen a un estado de perfecto equilibrio, armonía y dominio de sí mismo que favorece el progreso espiritual, la iluminación interna y el conocimiento de la Verdad.

Se consideran como *tamásicos* (de *tamas* "inercia, pasividad y obscuridad mental") todos los alimentos más

o menos *pesados*, compuestos preferentemente de sustancias harináceas, que hacen engordar el cuerpo, que oscurecen el discernimiento y esclavizan al hombre moralmente entorpeciendo sus más nobles y elevadas aspiraciones; especialmente cuando dichos alimentos se toman muy cocidos e hidratados, y en exceso. Comer mucho pan (sobre todo el *pan mojado* en cualquiera forma) o bien mucho arroz, papas o maíz en sus diferentes preparaciones, además de hacer engordar físicamente, contribuyen a que prevalezca internamente la nota tamásica, y por lo tanto a dar vulgaridad, materialidad, ignorancia u agnosticismo (según el grado de cultura), indiferencia y pasividad en los principios, dominio de los hábitos y de los instintos, servilismo y sujeción moral. Desde el punto de vista sociológico, las clases y pueblos que se alimentan de esta manera, son aquellas desprovistas de originalidad, iniciativa y espíritu de independencia, y por lo tanto las que más fácilmente se dejan dominar por otras clases o pueblos.

Son *rajásicos* todos los alimentos excitantes, de sabor fuerte, agudo o picante, especialmente la carne de los animales; en mayor grado su sangre y las carnes de puerco y pescado, sobre todo cuando no están muy cocidas o hervidas, pues los alimentos con su cocción y el agua cambian parcialmente su nota dominante en tamásica. Son igualmente rajásicas las bebidas alcohólicas y otros excitantes como el café, volviéndose tamásicos cuando se toman en mayor cantidad. El efecto común de todos es *alterar* o *conmover* el estado natural y normal de equilibrio y armonía interna, estimulando en diferente grado (según el temperamento y la educación) todas las pa-

siones, y sobre todo fomentando la tendencia a la irritabilidad y a la violencia en sus diferentes formas.

Siempre producen y acentúan el estado de *inquietud e insatisfacción*, alejando igualmente de la inercia o pereza tomásica y de su indiferencia y pasividad agnóstica (y por lo tanto, naturalmente esclava de cualquiera *creencia*), así como de la calma, serenidad y armonía *sátvicas*, que resultan del dominio y progresiva superación de aquellas tendencias y lleva a la paz y serenidad del alma, que acompañan la sabiduría y la madurez del discernimiento. El dominio *rajásico* es, pues, evolutivamente de un carácter intermedio de *equilibrio inestable* entre las dos formas opuestas del *equilibrio estable* que representan los otros dos. Toda forma de *opresión y dominio* sobre los demás hombres, clases y pueblos, proviene de aquellos elementos sociales en que prevalece esta vibración.

Entre los alimentos *sátvicos* pueden ser clasificados casi todo aquellos que, proviniendo su mayoría del reino vegetal, *pueden comerse solos y en estado crudo, siendo de un sabor moderado y agradable, naturalmente dulce*, en mayor o menor grado. O sean, casi todos los frutos de los árboles, y aquellos que pueden considerarse como "frutos animales": la leche y la miel. Característica común de todo es que nos son naturalmente, por así decirlo *ofrecidos por la naturaleza* (ésto significa originariamente la palabra *fruto*), siendo producidos en superabundancia, con relación a su finalidad primera, no necesitando para tomarse de ninguna violencia o destrucción de vidas, ni de la *complicidad implícita* en la misma.

Este último punto no deja de tener suma importancia, no solamente en cuanto entraña *responsabilidad mo-*

ral (que no cesa de existir, aunque no sea claramente percibida por la mente, hasta que en ésta dominan la modalidad *tamásica* de la ignorancia y la *rajásica* de la pasión), sino también desde un punto de vista más utilitario, puesto que, matando a un animal (de la misma manera que alguna vez se ha hecho con otro ser humano) para destruir y aprovechar su cuerpo como substancia alimenticia, a las ideas y pasiones propias de la vida animal, se le añaden el *espanto o terror* sufridos por éste en el momento final, así como, *la idea de muerte*, forzosamente inseparable de todo alimento en que ésta constituya el medio indispensable para obtenerlo.

El *terror*, como *última impresión* del animal moribundo, intoxica siempre más o menos, también físicamente, la carne animal; y ha sido algunas veces tan fuerte que dicha intoxicación acarrea la muerte de quienes la comen, habiéndose dado varios casos de esta naturaleza. En general, cuanto más el animal resiste o se impresiona al ser matado, tanto más tóxicas se hacen sus carnes. En cuanto a la *idea de muerte* que acompaña todo alimento que de la misma provenga, no puede ser evitado el asimilarla, junto con las demás tendencias instintivas y pasiones del animal, las que se irán acumulando y formarán parte del subconciente de la persona.

Muy diferentes son las *ideas de vida* que se encuentran en todos los vegetales, concentrándose especialmente en sus frutas y semillas, y también en la leche y miel, junto con ideas afines y constructivas de *amor, bondad, seguridad, providencia y cooperación*. El sólo hecho de asimilar diariamente estas ideas con el alimento, en lugar de las ideas de *muerte, violencia y temor* siempre inseparables de alimento cárneo, es de por sí un alimento fac-

tor importantísimo de vitalidad y longevidad, y contribuye a conservar el organismo naturalmente fuerte y joven, en estado de completa eficiencia orgánica, por un tiempo necesariamente mayor, en paridad de condiciones. Y, cuando se le añade el progreso espiritual interno la vida puede prolongarse notablemente.

En cuanto a la *manera de comer el alimento*, que ahora vamos a considerar, no es menos importante que su calidad, dado que fácilmente se asocia con ésta, en cuanto *la una atrae naturalmente a la otra*. Todo alimento comido de prisa se hace, por su imperfecta digestión, tóxico, excitante, y por ende *rajásico*, fomentando el gusto y deseo de esta clase de alimentos; todo alimentos comido habitualmente *en exceso*, es decir, toda tendencia a excederse en la comida, produce de la misma manera efectos de naturaleza *tamásica*, y de por sí inclina a comer de preferencia alimentos cocidos e hidratados.

Unicamente cuando se aprende a *comer satvicamente*, o sea con perfecta calma y tranquilidad, sin ninguna forma de prisa o impaciencia *rajásica*, tratando de asimilar y aprovechar de la manera más completa y satisfactoria todo bocado de alimento, es cuando puede afirmarse y arraigarse durablemente esa *vibración armónica* tanto en el cuerpo como en la mente, junto con el gusto y deseo que se orientan de por sí, de una manera completamente natural y decidida, hacia los alimentos de la misma clase. Así pues, en último análisis, es cierto que la mente atrae de por sí, y aprovecha con su propia actitud y con la manera de comerlos, precisamente los alimentos que expresan en el cuerpo su vibración dominante, y que más fácilmente la manifiestan.

Por consiguiente *todo cambio, efectivo real y durable en el regimen alimenticio, solo puede afirmarse y serlo realmente, según es al mismo tiempo un cambio moral y espiritual de la actitud de la conciencia y de la vibración de la mente*. Así como la impaciencia y todas las demás pasiones, hacen comer de prisa y dan gusto y atracción por los alimentos de carácter violento y excitante; así como la pereza, la pasividad, toda forma de sujeción moral e inercia mental, inclinan a comer mucho y hacen desear los alimentos tamásicos; así también la tranquilidad y la calma de la mente, el esfuerzo para adquirir un dominio siempre más pleno, perfecto y completo sobre el cuerpo, la mente y las emociones, la tendencia a las aspiraciones ideales, al estudio, al discernimiento y el amor a la verdad, nos inclinan a comer *sosegada y moderadamente*, prefiriendo *alimentos sátvicos*.

Para concluir con este corto estudio, es preciso hacer incapié sobre el punto de que *la única manera verdaderamente sátvica de comer el alimento* consiste, además del perfecto estado de tranquilidad, equilibrio y armonía interna, en *aprovechar y gustar lo más completamente posible cada bocado de alimento*, tratando de adquirir *CONCIENCIA* de cada una de sus partículas sin tragar nunca el llamado "*bolo alimenticio*", sino dejando que se disuelva y desaparezca por sí mismo, gradual y progresivamente. De esta manera el alimento se disuelve y alcaliniza completamente en la saliva, transformándose en una especie de crema ligera, separándose por sí de la parte nutritiva de las frutas y demás vegetales, y resistiéndose a ser tragadas, las partes de celulosa y semillas que contienen.

Con esta completa y perfecta digestión bucal, por medio de la transformación tanto mecánica como química del alimento, acompañada del estado mental de contento, armonía y satisfacción, se prepara la acción igualmente completa y perfecta de los demás jugos digestivos, y por lo tanto la mejor asimilación del alimento —sin producirse las toxinas que acompañan los alimentos excitantes, así como las digestiones imperfectas y laboriosas y los estados destructivos de la mente— y por lo tanto una perfecta construcción y regeneración progresiva de cada parte y elemento del cuerpo y de la mente.



XII

LA SUBSTANCIA UNIVERSAL

Existe en el universo una sólo y única *substancia*, un solo y único elemento primordial, universal y omnipresente, que se halla en todo lugar y del que ninguna región y ningún punto del espacio pueden estar desprovistos, en el cual y por medio del cual todas las cosas están formadas, por cuya virtud existen y pueden durar y permanecer en las formas variables que afectan.

Esta *substancia* es una expresión de la Realidad —o sea, el SER— un aspecto de la misma, de cuya eterna y permanente naturaleza participa. Dondequiera que esté el Ser, como Principio de la *esencia* y de la *conciencia*, allí también hállese la Substancia, como Principio de la *forma* y de la *apariencia* en que se revela su Inteligencia. Esencia y Substancia son, pues, el Padre y la Madre del universo, o sean los dos aspectos complementarios e inseparables, modalidades o polaridades del único Principio Creador.

La Substancia Divina es la propia *matriz inteligente*, en la cual y de la cual se forma todo lo que existe y aparece, revelándose en la forma variable de la con-

tingencia exterior. En ella obra y tiene su asiento la Divina Omniciencia, que constituye el aspecto superior y más elevado de la misma Substancia; es decir que, todo lo que aparece como cosa o fenómeno visible a nuestra percepción exterior, se revela a nuestra mente, por medio del estudio, como principio, ley o causa inteligente, mientras es *en sí misma*, como esencial realidad, Sabiduría Divina u Omniciencia.

Así pues, esa Substancia Madre, esa expresión o aspecto de la Gran Realidad, que se identifica con la más elevada concepción filosófica de la Naturaleza, es, en el plano mental, Principio o Madre de las *ideas*, así como, en el dominio físico externo, se nos revela como Madre de los fenómenos, cosas y seres, en su material apariencia.

Ahora bien, la Divina Substancia, que constituye a la vez la *Natura Naturans* (el Principio activo o Fuerza Espiritual Inteligente, que es el Poder Causativo y Creador de la naturaleza), y la *Natura Naturata* (la expresión externa y evidente de dicho principio en las cosas y seres que integran la naturaleza fenoménica, o dominio de los efectos), se halla de la misma manera igual y constantemente presente *dentro y fuera de nosotros*, siendo el principio de la Inteligencia que obra en nuestra mente y nos *inspira* las Ideas, y el de la Contingencia que se nos revela y hace patente en las diferentes condiciones y circunstancias de la vida externa. Estas dos fases o aspectos (el ideal y subjetivo *interno*, y lo material y objetivo externo) de la misma Divina Substancia y Omniciencia, que busca su expresión siempre más plena, elevada, perfecta y completa en nuestro ser y en nuestra vida, no son de ninguna manera independientes; sino

que se hallan constantemente enlazados, como las dos serpientes del cadúceo, y son dependientes y relacionados el uno con el otro, siendo respectivamente el primero la Causa y el segundo el Efecto que le corresponde.

Esto quiere decir que todas las *ideas* indistintamente que obran en nuestra mente, en la que se asientan y son reconocidas y aceptadas como *verdad* (sean cuales fueran nuestro propio criterio y capacidad de discernimiento) son *principios activos, creadores y causativos* que obran en nuestro mundo y en nuestra vida, formando y moldeando la substancia externa de nuestros cuerpos (en sus células, átomos, órganos y funciones), los acontecimientos, sucesos, condiciones y circunstancias de nuestra vida y de lo que se halla relacionado con nosotros en todo momento y en su aspecto particular que nos concierne.

En todo caso es la misma Substancia, eternamente Pura, Divina y Perfecta (llamada por esta razón, en el simbolismo de diferentes religiones, la Virgen Madre), la que se revela y se nos hace patente en nuestra vida externa *en una forma eternamente análoga y correspondiente* (como el efecto a la causa en que tiene su *razón de ser y raíz*) al aspecto que de ella hemos sido capaces de acoger y aceptar en nuestra mente como Idea o Principio Inteligente. En otras palabras, las *ideas* que aceptamos, acogemos, recibimos y establecemos en nuestra propia mente, son precisamente los *moldes* que, según su propio grado de perfección e imperfección —de acuerdo con la Verdad y el Error, que respectivamente contienen y expresan— determinan el grado de perfección o imperfección de nuestro cuerpo, de su salud o enfermedad,

y la cualidad y naturaleza de las condiciones de la vida externa.

No se puede, por lo tanto, de ninguna manera, modificar, transmutar o cambiar de una manera efectiva, real y duradera las circunstancias de la vida externa, sin haber antes modificado y cambiado la actitud interna de la conciencia y la naturaleza, carácter y cualidad de las *ideas* que hemos aceptado y recibido, como moldes causativos de todo aquello que aparece en la superficie exterior de la estera de nuestra existencia. Sin embargo, ésto último hállase siempre en nuestro poder, toda vez que hayamos logrado el discernimiento que hará efectivo ese poder, dándonos la capacidad de elegir y transmutar nuestras ideas y pensamientos del error a la Verdad, de la ilusión a la Realidad, fijando y estableciendo la mente en la Ideal Perfección Interna, más bien que sobre la evidente imperfección externa.

Es de igual importancia reconocer que, indistintamente todas las desigualdades sociales y económicas que afectan a los hombres en su vida externa, estriban más bien que en la injusticia de los demás y del medio en que se encuentran (injusticia a la cual, cuando sea realmente efectiva, no pueden ser extraños, dado que los afecta), en el carácter de las ideas, creencias y pensamientos que cada quien acepta y recibe en su propia mente, así como en el uso de la Divina Substancia, que moldea la inteligencia y, por medio de ésta, la vida.

Todos los hombres indistintamente, cualquiera que sea su condición externa y la de su nacimiento, han sido y están *igualmente* dotados en su Divina Herencia que procede del Ser, como Vida y Substancia. Cuando, en lugar de usar sabiamente ese Don Divino de la Vida y de

la Substancia (que son *igualmente* ilimitadas por su esencia y posibilidades) hacen como el *hijo pródigo* que las desperdicia en sus errores, vicios y pasiones, no pueden evitar encontrarse, como consecuencia natural, en una condición de *falta y escasez*, estando reducidos a "cuidar los puercos", o sean las más bajas manifestaciones de la vida y de la pasión animal.

En una condición de esa naturaleza, el único remedio efectivo consistirá en *volver a la casa del padre*, o sea en una condición de conciencia más elevada, dejando de servir y criar a sus pasiones, tendencias y propensiones inferiores, para acercarse a la Presencia de la Realidad, que constantemente le espera e inmediatamente le reconoce como *hijo* o *expresión de su ser*, para cambiar los harapos de sus pobres concepciones mentales por el rico traje de la Divina Sabiduría, poniéndole en el dedo el *anillo* que hace patente su propia relación espiritual con el Océano Ilimitado de la Substancia, y convidando para el Banquete de la Vida, cuya inherente *plenitud* simboliza el "gordo becerro".

Hemos, pues, de convencernos que, aquella misma Substancia que se manifiesta alguna vez en nuestra vida (a raíz de nuestra propia ignorancia errores, vicios y pasiones) como escasez, pobreza, o bien fracaso desarmonía falta de salud, enfermedad y muerte, puede realmente manifestarse (y tal es su propio constante *esfuerzo y deseo*), en la correspondiente polaridad positiva que produce la abundancia, la prosperidad, el éxito, la armonía, la perfecta, salud la plenitud de la vida y su más larga y deseable duración. Pero, todo depende fundamentalmente de nuestras *ideas*, según las mismas limitan, impiden o deforman, o bien se abren como venta-

nas al dominio de la Realidad, para favorecer, secundar y expresar libre y plenamente, el flujo de esa Substancia Ilimitada que es Vida, Verdad y Bien en todos y en cualquiera de sus aspectos.

Como nos lo dice la parábola que hemos citado, tres puntos o elementos son indispensables y de suma importancia, una vez reconocida la Omnipotencia de la Divina Presencia o Realidad Espiritual, habiendo vuelto a la casa del Padre: el *traje*, o sea la cualidad forma y naturaleza de las ideas que constituyen el tejido de la Inteligencia o Mundo Interior; el *anillo* que representa nuestro íntimo contacto con el Principio Universal e Infinito de la Vida y de la Substancia; el *convite o festín*, que igualmente simboliza nuestra participación activa en el mundo y en la sociedad, con el mayor beneficio y utilidad de los que nos rodean y del medio en que vivimos —nuestra inherente capacidad de *dar y manifestar lo mejor de nosotros mismos* en nuestra actividad y en todas nuestras contingencias y relaciones.

Estos tres puntos, basados sobre el central y primero que nos da la madurez del discernimiento (el reconocimiento de la Presencia Vivificante de la Espiritual Realidad) sintetizan en sí los tres aspectos de la Ley de Prosperidad en todas las manifestaciones de la vida: como salud y bienestar interno, como substancia y providencia externa, como inherente felicidad, contento y armonía en cualquiera circunstancia. Así como su falta de reconocimiento y observancia (en todo o en parte) produce todas las condiciones negativas e indeseables así igualmente su progresivo reconocimiento y su siempre más perfecta observancia acaban por destruir y eliminar todos los obstáculos que puedan estar sobre nuestro sendero

(aunque fueran *montañas* de dificultades), abren el camino de nuestro crecimiento interno y progreso externo, trasmutando cualquiera condición y circunstancia en un *resultado final* más satisfactorio y deseable.

Hay, además, cuatro errores fundamentales o *ideas negativas* que suelen limitar e impedir el libre flujo de la Substancia y su perfecta expresión en nuestra vida: pensar que la Divina Substancia, o bien cualquiera de sus expresiones materiales, sea limitada estando a punto de *agotarse y desaparecer*; pensar y tratarla como si fuera *fija e inalterable* en su aspecto y condición actualmente evidente; considerarla como *escasa e insuficiente* para sus objetos y necesidades; restringirla, en su expresión, a una o unas cuantas determinadas fuentes o medios de *ganancia*.

Estos cuatro errores deberán ser vencidos y superados con la afirmación y reconocimiento de la Verdad en que se basa la Idea Positiva correspondiente y opuesta —por su naturaleza y por sus efectos y afirmación de la Realidad Espiritual y de su inherente eterna Perfección y Plenitud, en y por encima de la aparente imperfección material.

La primera Verdad, (demostrada, como ejemplo simbólico, en el milagro bíblico del profeta Elías, haciendo *durar indefinidamente* la harina y el aceite de la viuda) es que *la Substancia, animada por la Vida, inherente e inseparable de la misma, es constante, permanente e inagotable en su flujo ilimitado*.

La segunda (demostrada por Jesús en las bodas de Canán, convirtiendo el agua en vino) es que *la Substancia es Una y Unica en todas indistintamente sus formas y manifestaciones: por consiguiente cualquiera y cada una*

de éstas puede trasmutarse, cambiarse y convertirse en otra.

La tercera (demostrada en la multiplicación de los panes y peces — substancia material e ideas vivientes) es que la *Substancia es inherentemente suficiente y puede alcanzar plenamente todas sus necesidades*, con la condición que se reconozca su propia *vida interna* y Manantial Espiritual, usando sabiamente su implícita abundancia y evitando todo desperdicio.

La cuarta (evidente en la *moneda de oro* encontrada en la boca del pez, para pagar el tributo a César) es que *sus canales o medios de expresión son infinitos e ilimitados*.

El estudio, la conciencia y la práctica de estas cuatro verdades (de acuerdo con los tres puntos que simbolizan el *traje*, el *anillo* y el *festín*), nos llevará a entender la verdadera naturaleza de la Substancia tomando en nuestro fuero interno una recta actitud para con la misma, y expresando ésta en la natural prosperidad de la existencia.



XIII

LA LEY DE PROVIDENCIA

"Mas buscad primeramente el Reino de Dios (el Dominio interno de la Divina Realidad) y su justicia (en cuanto esa Ley rige y dirige vuestros pensamientos, palabras y acciones), y todas estas cosas os serán añadidas"

Mat. VI-33

Existe una Ley Divina y Universal de Providencia que obra en y por medio de todo ser y de toda cosa, en toda la inmensidad de la naturaleza y en cualquiera de sus múltiples aspectos, campos y dominios. Esa Ley está igualmente presente en la vida individual y colectiva de los hombres y en sus diferentes relaciones, como también en la vida animal y vegetal, en la vida inorgánica de los átomos y de los elementos y en las relaciones de los astros, constituyendo el fulcro y la esencia básica de la economía cósmica.

La acción de la misma Ley se hace efectiva en la medida y proporción del activo intercambio que se establece entre cada individuo y el medio ambiente; intercambio

que estriba fundamentalmente en la progresiva y siempre más perfecta *expresión* de las posibilidades, tendencias, capacidades y facultades que se hallan en cada individuo en un estado latente y potencial, esperando del uso que de ellas sepa hacer su propio desarrollo y eficiencia.

La Ley de Providencia es, en su esencia, la propia Ley *inherente* a la Substancia, para que ésta misma pueda expresarse, afectando las diferentes formas en que aparece exteriormente, el uso de las cuales, así como el derecho que se adquiere sobre el mismo, hace de ellas los elementos de todo lo que se llama *riqueza* universal, colectiva e individual. En todo caso esa "*riqueza latente*" en la falta del uso, y por ende del *valor* que puede atribuirse a una determinada cosa, se hace efectiva con aquel, y de esta manera se transforma en *valor activo*.

Ahora, para nuestro propósito, es necesario que nos fijemos de una manera especial sobre ese punto de que *la manifestación progresiva de la Substancia Universal, afectando las diferentes formas que se hacen "útiles" en la medida de su apreciación y uso*, deriva de la propia Voluntad, Ley y Deseo inherentes a esa Substancia, cuyo constante objeto y finalidad es precisamente *servir siempre mejor* a los usos múltiples y siempre más elevados a los que queramos destinarla y en que sepamos emplearla.

En otras palabras, esa Substancia que forma nuestros cuerpos y nuestra organización psicofísica, lo mismo que todas las cosas que se encuentran fuera de nosotros y que podemos usar o desear, precisamente existe para ese "*uso*", *inherente* a ella como Voluntad y Deseo, y la efectividad del mismo, para cada uno de nosotros, estriba en nuestra capacidad, voluntad y deseo de *cooperar* con

esa Voluntad y Deseo que es la Ley de la Substancia, estando *en armonía* con la dicha Ley, tanto en nuestro pensamiento como en todos nuestros sentimientos, palabras y acciones.

Por lo tanto, esa *ley inherente* a la Substancia, es también al mismo tiempo la *Ley de Providencia*, por ser precisamente la que *provee*, para cada ser y cada forma de vida, así como para las ideas y los deseos humanos, *la forma y los medios, el ambiente, condiciones y oportunidades* que hacen posibles su expresión, afirmación y evolución, de acuerdo con la Vida Interna y con el propio impulso activo y progresivo que las anima. Hay, pues, que considerar constantemente, dentro de la acción de esa Ley, estos dos polos del Gran Imán Universal; uno de los cuales se manifiesta en el Ser (o Dominio de la Esencia), como impulso activo, positivo y progresivo de la Vida y de la Conciencia hacia su expresión, y el otro en la Forma o *materia* (Dominio de la Substancia), como deseo y voluntad pasiva de ser constante y progresivamente usada y empleada en la manifestación externa de dicho Impulso de Ser que realiza su *existencia*.

Esos dos polos se hallan *íntimamente* en indisoluble armonía —siendo dos expresiones coordinadas del mismo Principio o Suprema Realidad— y, por consiguiente, siempre obran de acuerdo el uno con el otro en toda condición, circunstancias, modalidad y forma de la existencia. En todo caso, la capacidad atractiva o realizativa de la Forma o Substancia, necesaria para la expresión perfecta y progresiva de la vida individual —y, por ende, sus condiciones de *salud, armonía y prosperidad* —tiene su fundamento en la interna Ley de la Vida y en la condición de armonía, que resulta de la conformación y del acuer-

do con dicha Ley, dentro de la conciencia y en la vida y actividad de cada individuo.

De aquí la importancia, de acuerdo con la Sabiduría que habla en las palabras de Jesús, síntesis y símbolo de la enseñanza de todo iluminado Maestro, de *buscar primeramente el Reino de Dios*, o sea nuestro fundamento en la Realidad Trascendente que constituye el Dominio Espiritual y Eterno de nuestro Ser, y nuestra propia Vida más real y verdadera, con objeto que también las demás cosas que podamos necesitar o desear puedan ser atraídas conseguidas y realizadas externamente.

Ese *Reino de Dios* no se halla "por aquí" ni "por allá" sino que precisa buscarlo *dentro de nosotros mismos*, estando su asiento y su dominio universal dentro del fuero íntimo de la conciencia individual: hay que buscarlo en el reconocimiento de la *verdadera naturaleza* Espiritual y Divina de la íntima realidad de nuestro Ser y de de nuestra Vida, de manera que todos nuestros pensamientos, palabras y acciones estén progresivamente en armonía con *nuestra inherente modalidad y capacidad de ser* más elevados. Hay que *conocernos y reconocernos a nosotros mismos* como mejor lo podamos, y hacer que nuestra vida y actividad sean la más deseable y perfecta expresión de ese mismo reconocimiento.

Pues, el *reino* ha de ser buscado con objeto de que pueda manifestarse *su justicia*, que es la propia *armonía* del Ser con su expresión, y de la vida y actividad individuales con su Principio, sus Ideales y sus propias necesidades internas.

La vida es, pues, constantemente una *expresión progresiva* que procede y se manifiesta evolutivamente *de dentro a afuera* en cada individuo, así como en cada ser y en cada especie; *expresión de lo mejor*, que puede estar

al principio *enteramente* oculto o latente, pero que, con el tiempo, y bajo la doble presión de las condiciones externas y de las necesidades evolutivas internas, ha de hacerse inevitable y progresivamente manifiesto, viniendo a la luz como la planta de la semilla, o bien manifestándose como la flor de su capullo, con sus colores y perfumes, para luego madurar y dar frutos fragantes y sabrosos.

De acuerdo con esa Ley la planta crea y ahonda siempre más sus raíces en la Tierra Madre, para sacar de ella la humedad y sustancias minerales que necesita para su crecimiento, mientras desarrolla y esparce en un sentido opuesto, en el aire, sus ramitas y hojas, para respirar y asimilar los gases vivificantes, la luz del sol y los demás rayos y vibraciones cósmicas que en gran parte desconocemos. Así la Substancia Madre que se halla en el ambiente proporciona a la vida de la planta todo lo que ésta necesita *formando y fomentando* su expresión visible.

De la misma manera debe obrar la Ley de Providencia en nuestra propia vida individual, *formando, fomentando y favoreciendo* la expresión de esa vida en condiciones de *salud, éxito, armonía y prosperidad*. Cuando éstas últimas sean imperfectas y deficientes, habremos de buscar la causa y el remedio, respectivamente en la falta y en el esfuerzo para conseguir una mejor ARMONIA tanto con el Principio y el Ideal interno de la vida (o sea, el *reino*) que con las condiciones externas del ambiente o medio en que vivimos (*su justicia*). En la exacta medida y proporción de como se realice esa doble armonía, podemos esperarnos la relativa perfección y un estado satisfactorio de las condiciones en que se desarrolla nuestra existencia.

Sin embargo, la Ley de Providencia y nuestra *plena armonía* con ella, abarcan algo más todavía que esa comprensión y ese reconocimiento que constituyen su aspecto más bien *externo*.

Esa Ley no es, pues, únicamente una *Ley de Justicia* sino también una *Ley de Amor*: así como buscando y reconociendo su *justicia* participamos de la misma, así también podemos participar y fruir de su *Amor y Bondad*, según los busquemos y reconozcamos, poniendo nuestro ser interno y los motivos que nos animan en armonía con esas mismas cualidades.

Para buscar y disfrutar del Amor y de la Bondad que constituyen la íntima y real esencia de la Ley Natural y Divina que nos provee la forma de nuestra expresión externa y todo aquello que podamos necesitar tanto espiritual, como moral y materialmente, saciando nuestras hambres y satisfaciendo nuestros deseos en sus diferentes planos, es menester ahondar en ella las raíces de nuestra propia *fé y confianza* en la misma, que nos harán reconocer constantemente su presencia, en cualquiera condición y circunstancia. *en íntimo contacto* con el fuero íntimo de nuestro ser. De ese reconocimiento brotará la *linfa* de la Divina Substancia que fluye en y por medio de nosotros, como benéfica corriente que hace prosperar nuestra existencia en sus diferentes aspectos, transformándose y sublimándose al contacto con nuestra Vida Espiritual, para hacer el *vino* o jugo sabrosos de los frutos u obras de nuestra existencia.

A esa *fé* que busca el íntimo contacto con la Tierra Madre de la existencia (la Substancia Universal), debe unirse la *esperanza* que, de la misma manera, nos hace elevar y multiplicar nuestras ramas, esparciendo y derraman-

do las hojas de nuestros pensamientos, deseos y aspiraciones ideales en el aire vivificado por el conocimiento o percepción de la Verdad, y en la Luz del Discernimiento Espiritual, de manera que la flor de nuestra conciencia pueda abrirse, manifestando el color del *rayo* con el que se halla fundamentalmente en armonía y que, por así decirlo se encierra y se concentra dentro de la semilla o germen vital que constituye el *motivo*, centro y fulcro de todo fruto u obra.

En las raíces y ramas de una planta tenemos, pues, ejemplificado en una forma muy clara y evidente ese *dúplice* contacto de nuestro ser y conciencia con los dos polos del Gran Imán Espiritual que es la Causa Suprema de todo y el Manantial Universal de la Vida y de la Substancia. En la medida de nuestra propia *Fé, Esperanza y Amor*, que se harán manifiestas en ese contacto, estaremos en armonía con la Ley de Providencia y prosperará nuestra vida.



XIV

EXITO Y PROSPERIDAD

Hay una Ley Universal a la cual hemos de conformarnos interior y exteriormente para lograr la manifestación del mejor éxito de nuestros esfuerzos, y la *prosperidad* que debe acompañarlo; pues éstos únicamente resultan y pueden obtenerse en la medida de nuestro acuerdo y armonía con esa Ley. La misma Ley que puede darnos éxito y prosperidad, cuando estemos en acuerdo con su aspecto o polaridad positiva, nos llevará al fracaso y la pobreza moral y material cuando, por nuestros pensamientos y estados de conciencia estemos entonados con su aspecto o polaridad negativa.

Nada proviene del acaso, sino que todo fenómeno y toda cosa en el universo, así como toda condición de nuestra existencia, obedece a una Ley de Causalidad por la cual todo lo que aparece externamente es el *efecto*, *fruto* o *resultado* de una causa interna que, por lo que se refiere a nuestra vida, tiene su raíz dentro de nosotros mismos. Para cambiar ese efecto precisa dar con la *causa*, efectuándose en nuestra conciencia y estado mental la necesaria *mudanza* de la misma, de manera que pue-

dan producirse frutos diferentes, dado que la cualidad del fruto siempre hállese determinada por la de la semilla.

El éxito hállese generalmente predispuesto y determinado por la mente y la conciencia que internamente se identifican con el Ideal, moldeándose sobre el *plan divino* o Modelo Arquetipo que preside a determinada labor o actividad. Toda falta o deficiencia en la comprensión y realización de ese Plan —que es la misma Perfección— origina lo que se llama *fracaso* total o parcial, o sea una condición de deficiencia o imperfección en el dominio de los efectos análoga y correspondiente a la deficiencia e imperfección en su realización interna. En todo caso se trata, en último análisis, de un *éxito imperfecto*, producido igualmente por una imperfecta concepción y deficiente realización; así pues el *fracaso* sea cual fuere su naturaleza, no constituye nunca una realidad en sí, sino que es la deficiencia, imperfección o condición negativa del éxito correspondiente.

Este reconocimiento de que, en todo lo que se llama "fracaso" hemos de ver fundamentalmente una forma de éxito deficiente, es aquel que constantemente ha de animarnos a persistir y perseverar en nuestros esfuerzos, esforzándonos al mismo tiempo en *rectificar* nuestro propósito y actitud interna, para que se acerquen e indentifiquen siempre más y más perfectamente con ese Ideal que, en la propia *plenitud* del éxito habrá de verse finalmente realizado.

El éxito pleno y verdadero, sólo puede ser resultado de un largo esfuerzo silencioso y activo, del que corona la firmeza y perseverancia: nada realmente valioso, estable y duradero, puede ser adquirido y conservarse por

condiciones distintas. El esfuerzo *constante*, perseverante e incansable, que tiene su raíz en la Fe segura e inalterable, se desarrolla y crece en proporción de sus Esperanzas y se hace fructífero por medio del Amor que puede obrar en el mismo, es la única moneda que nos permite su adquisición.

Justamente se ha dicho que "el camino del éxito está sembrado o pavimentado de *fracasos*", en cuanto es únicamente aprendiendo, asimilando y aprovechando la lección que se deriva de la deficiencia e imperfección de nuestros esfuerzos y resultados anteriores, como podemos sobreponernos a las mismas y *superarlas*, por medio del desarrollo y del uso progresivo de nuestras facultades internas, expresando y haciendo efectivas sus latentes posibilidades. En toda forma de "fracaso" hay, pues, un *éxito latente* en el que puede constantemente *convertirse* cuando sepamos *discernirlo* y dirigir oportunamente nuestros esfuerzos en este sentido.

De aquí que como nunca puede haber una razón verdadera para desalentarnos o descorazonarnos, y tanto menos desesperarnos, dado que toda condición, serenamente enfrentada y examinada, es en realidad una oportunidad y una forma de *aprendizaje* que precisamente nos prepara y nos hace *madurar* para aquello que *nos espera* en nuestro camino —espera nuestro crecimiento, o sea el estado de madurez y desarrollo que nos permite aprovecharlo— como *premio y resultado* de nuestra labor.

La Ley del Exito en la actividad individual es la misma Ley que preside el uso y desarrollo progresivo de las facultades internas que en la misma pueden ser expresadas. La *finalidad interna* de todo esfuerzo, trabajo o labor es, pues, la *expresión, uso y desarrollo* de todas las

facultades o poderes que se hallan en un estado latente en nuestro ser, y que tienen en ese mismo esfuerzo la condición indispensable y la oportunidad para poderse manifestar. De la misma manera, su *finalidad externa* es el *servicio*, o sean la utilidad y el provecho que de nuestros esfuerzos se deriven para nuestros semejantes, en las condiciones y en el medio en que nos encontramos.

En la medida en que sepamos cumplir con armonía y eficiencia a esas dos finalidades, estaremos *interna y externamente* ajustados con la Ley del Éxito, que por lo tanto no puede dejar de coronar nuestra actividad. El éxito más pleno, mejor y más durable en ésta, es cuando se cumpla lo más satisfactoriamente con las dos, mientras que siempre habrá inevitablemente alguna deficiencia, toda vez que se cumpla imperfectamente con la una, con la otra o con las dos.

En cuanto a la *prosperidad*, es la condición —a la vez interior y exterior— que normal y naturalmente debe de acompañar nuestra existencia activa y el éxito de cualquier esfuerzo o labor, según éstos logren hacerse *productivos y fecundos*. Intimamente es una condición o estado de conciencia en que se armonizan y se asocian la Fé, la Esperanza y el Amor, sobre todo en lo que se refiere a la actividad o labor en que deben ser expresadas prácticamente estas cualidades espirituales; y, exteriormente, es una condición armónica de afluencia durable y permanente que deriva y descansa en la propia capacidad productiva, por la cual es atraída, como el hierro por el imán, y de la que puede considerarse como un *reflujo* natural.

No debemos, pues, hacer el error de confundir la prosperidad real y verdadera —siempre caracterizada y acom-

pañada por un estado de *equilibrio y armonía* a la vez interiores y exteriores— y que es, para la vida externa y la actividad individual, lo mismo que la *salud* para el cuerpo y la *paz y serenidad* del alma, con la pura y simple abundancia y superabundancia de posesiones y medios materiales. Aunque éstos deban naturalmente acompañarla, no pueden tampoco constituir su medida, sino que ésta se halla más bien determinada por el estado de *contento e íntima satisfacción* de que goza la persona en el fuero de su ser; ninguno puede ser verdadera y realmente *próspero* cuando éstas condiciones estén alejadas de su alma. Mientras quienes las posean de una manera firme y permanente, sean cuales fueren sus actuales condiciones, tienen en su corazón la *semilla* de la que puede brotar y florecer la prosperidad más segura, durable y deseable.

Así pues, la prosperidad, en el sentido real de la palabra, no puede consistir y ser limitada en el esfuerzo de sacar continuamente ventajas y ganancias, acumulando bienes y posesiones con pérdidas y desventajas para los demás, sino que más bien estriba en el esfuerzo coronado por el éxito de hacer algo lo más posible útil y provechoso para el medio en que uno vive, siendo como la fecunda maduración del trabajo, labor o actividad a que uno se dedica. No puede venir, por lo tanto, de la *fortuna* o del *acaso*, sino que resulta de una más plena conformidad y armonía con la Ley de la Vida y de su progreso, a la vez interior y exterior, expresada en *pensamientos, palabras y acciones constructivas*.

Así como éstos favorecen y abren el camino de la prosperidad, así igualmente lo cierran y nos alejan de ella los pensamientos y las palabras, acciones y emociones *destructivas*. De aquí la necesidad de dirigir primero y fun-

damentalmente nuestra atención a estos *factores y obreros causativos* de todas las condiciones de la vida, de la salud como de la enfermedad, del éxito y del fracaso, de la pobreza y de la prosperidad: cuando hayamos plenamente dominado este punto, habremos adquirido un dominio completo sobre todas las circunstancias de nuestra existencia.

El centro del dominio se hallará en nuestras manos precisamente en la medida de la eficiente y constante vigilancia que sepamos ejercer sobre esos factores silenciosos de la vida, que son los pensamientos y emociones que se alojan dentro de nuestro corazón. Por el hecho de recibirlos y alentarlos, cualquiera pueda ser su procedencia nos hacemos sus cómplices y cooperadores y les damos nuestro apoyo con nuestra aprobación; no podemos, por lo tanto, rehusar los frutos de su trabajo que nos presentan, como *efectos* de su permanencia en nosotros, en las diferentes condiciones de la vida.

Para poder prosperar en la vida y en cualquiera actividad, hemos de empezar por *aliarnos* con emociones, intenciones y pensamientos *constructivos*, persiguiendo y alejando fuera de nosotros sus opuestos *negativos y destructivos*. Hay que cultivar ideas de Abundancia, Suficiencia, Eficiencia y Plenitud, substituyéndolas a cualquier pensamiento de limitación, deficiencia, pobreza y escasez; hay que evitar toda forma de crítica y malevolencia (pues su naturaleza destructiva tendría que ejercerse primero y fundamentalmente en nosotros mismos) y substituir las con pensamientos de aprobación, confianza y benevolencia, esforzándonos de ver y poner en evidencia *el lado o aspecto más bueno* de cualquiera cosa, persona y situación.

Tanto el pesimismo como el optimismo hallanse justificados en sus opuestos puntos de vista, a raíz de su propia naturaleza respectivamente *destructiva y constructiva*; e igualmente justificados se hallan el que alaba y agradece y el que critica y envilece la misma cosa, persona o circunstancias, dado que respectivamente se esfuerzan en poner en evidencia sus aspectos *positivo y negativo*, recibiendo cada cual su premio y resultado, según su propia manera de pensar y sentir. No son pues, las cosas, personas y condiciones externas que realmente tienen importancia para nosotros, sino la *idea* que de las mismas nos formemos, nuestra propia manera de verlas, juzgarlas y aprovecharlas, que nos permitirá recibir de ellas *lo mejor* o bien *lo peor*.

Todo el Arte de Vivir descansa sobre nuestra capacidad de *pensar y querer* de la manera más *justa, recta, positiva y constructiva*; y éstos elementos son también los que aseguran la salud física y moral, la tranquilidad, el equilibrio y la armonía intelectual, el progreso espiritual, el éxito y la prosperidad material. Pues, de esos pensamientos y sentimientos no pueden salir sino palabras, acciones, y por ende efectos externos y reacciones, o sean *frutos* de la misma naturaleza.

El Arbol de la Vida tiene su raíz dentro de nuestro corazón, de donde brota la linfa que lo alimenta, en proporción de su fé y confianza, ramificándose en las alturas ideales hacia donde convergen todas nuestras esperanzas y aspiraciones, para dar frutos de la propia naturaleza de la *semilla* o intención que nos anima. Su progreso, su desarrollo armónico y su elevación, estriban pues en estos tres elementos o facultades espirituales, que

respectivamente se expresan en sus raíces en sus ramas y en su fecundidad productiva.

La linfa que nos alimenta es aquello en que tenemos fé y estamos más confiados: si es el terreno firme y seguro de la Realidad, nunca nuestras raíces caerán en el vacío, ni les faltará la benéfica humedad que vivifica nuestro crecimiento y sostiene nuestra ascensión. Esta se halla medida precisamente por aquella altura a que aspiramos y nos esperamos, pues hacia la misma únicamente estamos capacitados para dirigir constructivamente nuestros esfuerzos. Finalmente, nuestro deseo de dar y expresar lo mejor de nosotros mismos es aquello que ha de mediar con el Amor la capacidad y fecundidad fructífera de nuestra existencia.



XV

EL CAMINO DE LA ARMONIA

"Bienaventurados los pacificadores: porque ellos serán llamados hijos de Dios".

(Discurso de la Montaña)

En toda la experiencia de la vida, en cualquiera circunstancia o condición en que podamos encontrarnos, existe un camino central o medio de armonía, en el cual todo conflicto se halla resuelto, y toda dificultad solucionada en la forma más deseable.

Este camino se encuentra y se hace evidente por medio del reconocimiento de la Unidad de la Vida y de su propósito y de la necesaria *solidaridad y cooperación* que debe de existir entre todos sus miembros, como partes; elementos y factores *indisolubles* de una misma común finalidad. Toda forma de lucha y oposición, de resistencia o falta de cooperación, tiene pues constantemente su raíz y debe su posibilidad de existir y permanecer, a la *ilusión de la separación*, productora del "egoísmo" individual y colectivo en sus diferentes aspectos.

Pero esa ilusión, producida por la *apariencia* de las cosas, y fundamentalmente distinta de la *realidad* —que es Unidad *esencial y substancial* de lo que nos parece exteriormente como múltiple, separado y dividido— no puede permanecer y dominar eternamente: antes o después debe forzosamente ser superada por cada elemento individual, que se encuentra, por así decir *inmerso y alimentado* por el Gran Todo, y cuya plenitud de vida y posibilidades de desarrollo precisamente estriban en su siempre más perfecta comprensión y realización del *lazo* que le une tanto interior como exteriormente.

Las mayores posibilidades evolutivas precisamente se abren, para cada individuo, en la propia medida en que ese *lazo* es internamente reconocido, como el factor y principio que le impulsa a vivir y obrar *en armonía* con el medio o ambiente en que se encuentra, alejándose y despojándose de una manera siempre más completa y definitiva de todas aquellas formas de *lucha, resistencia y oposición*, que son como el *atrito* que impide el funcionamiento y trabajo perfecto de una máquina.

La misma lucha y oposición pueden ser factores *indirectos* de la evolución en sus estadios y formas inferiores, cuando ese elemento, de por sí *negativo y contraproducente*, sea compensado por el estímulo y desarrollo de otros elementos positivos de valor e importancia mayores. Pero, una vez logrado ese objeto, toda permanencia de la misma actitud negativa, tanto de resistencia pasiva como de violenta oposición, se hace inevitablemente un factor anti-progresista y un elemento de *decadencia e involución*; pues, toda fuerza que se halla dirigida hacia una finalidad destructiva acabará indudablemente por destruirse a sí misma.

Así ha sucedido, por ejemplo, en la evolución biológica, con muchas especies animales.

En proporción de como progresan los individuos y las especies, asentándose dicho progreso sobre una base siempre más firme, estable y duradera y haciendo posible el desarrollo de sus latentes posibilidades evolutivas, se abandonan y superan sucesivamente todas esas tendencias negativas que constituyen la herencia de un pasado —dominado por la *ignorancia*— y se va manifestando aquel *instinto y espíritu de solidaridad*, al que se deben todas las formas *sociales* de la vida animal y humana. Todas las imperfecciones que todavía pueden existir en estas formas descansan en la imperfecta realización de este espíritu debido a la permanencia de las tendencias negativas y antisociales de la lucha y oposición, que no han sido aún superadas por la falta de comprensión de las Leyes y bases verdaderas de la existencia.

Esta más plena comprensión y completa superación son, sin embargo, *inevitables*, por la misma Ley y necesidad impelente hacia el progreso que obra constantemente *de adentro afuera y de afuera adentro* en todos los seres, los individuos y las formas de vida. Toda forma de oposición, lucha o tendencia negativa y destructiva, acaba, pues, por producir una reacción igual y semejante *en sentido contrario*, y por ende una cosecha correspondiente de *privación, dolor y sufrimiento*, en los que se aprende finalmente la necesidad de conformarse, con la mejor buena voluntad, a esa Ley Universal de Cooperación y Armonía.

Dado que esa Ley es *universal* en su obra, en su finalidad y en sus efectos, su mejor actual reconocimiento se hace naturalmente *deber y privilegio* de cada individuo

que, en la medida de su comprensión, deberá poner todos sus esfuerzos para conformarse y estar en un siempre más perfecto acuerdo con la misma en cada uno de sus pensamientos, propósitos y deseos, así como en sus intenciones, palabras y acciones. Cualquiera cosa que tenga que hacer o decidir, cualquiera línea de conducta que se proponga o deba de elegir, esa Ley le ofrece un criterio constante, seguro, firme, permanente e invariable, indicándole en el *Camino de la Armonía* la solución más satisfactoria y deseable, tanto para él mismo y sus intereses más verdaderos (aunque aparentemente en conflicto con los que se presentan a su consideración como intereses personales inmediatos) como para todos los demás que estén concernidos en alguna forma directa o indirecta.

Este Camino hállase delante de nosotros en cualquier momento y circunstancia, y aunque de aquel puedan alejarnos razones y consideraciones personales de diferente naturaleza, se nos hará siempre más claro, evidente y seguro, según crecen nuestro propio discernimiento y percepción de la Realidad. Es, en verdad, el *Camino Regio* o *Real* de la existencia, el único en que se encuentran al mismo tiempo la más plena y completa libertad e independencia y las mejores posibilidades de *progreso y crecimiento interno*, así como de salud, éxito, armonía y verdadera prosperidad en la vida y condiciones externas.

Para podernos encaminar y progresar en esta senda, hemos de empezar por librarnos de todos aquellos errores y tendencias negativas, que nos impulsan a la lucha, al resentimiento, a la resistencia y oposición, y que se hallan arraigados en nuestro ser subconiente a raíz de nuestros propios hábitos, de la herencia, de la educación, y de las sugerencias del medio ambiente que hemos acep-

tado y recibido. Hemos de cesar de *medir* nuestros pensamientos, acciones e intenciones de acuerdo con esas reglas erróneas, conformándonos, de ahora en adelante con la *norma invariable* que se deriva de la Ley de Armonía.

Antes de decidir y hacer cualquiera cosa, hemos de preguntarnos: ¿Hállase esto en perfecto acuerdo y conformidad con la Ley de Armonía? ¿Tocarán y harán vibrar, mis palabras y mis acciones una nota *armónica* o *disarmónica* en el medio en que caen y deben obrar? ¿Contribuiré, con mi actitud, al progreso armónico y a la cooperación solidal, así como al bien de todos aquellos que pueden hallarse envueltos y recibir sus efectos? ¿Lo que me propongo hacer, así como lo que pienso y deseo, es *constructivo* o *destrutivo*?

La elección nos pertenece, pues, constantemente, lo mismo que sus *efectos*, que no podemos dejar de recoger y que serán forzosamente de la misma naturaleza, haciéndonos patente en cada caso el grado de comprensión y discernimiento que guiaron nuestro juicio. Toda acción y palabra que esté de acuerdo con la Ley de Armonía producirá constantemente efectos *armónicos y constructivos*; mientras los pensamientos, intenciones, palabras y acciones que estén en desacuerdo con esa misma Ley, producirán de la misma manera efectos *disarmónicos y destructivos*.

En la luz de este conocimiento, que ha de hacerse siempre más efectivo según crecen el progreso y la experiencia, la vida nos presenta todos los días nuevas oportunidades para fomentar el uno y la otra, y establecernos de una manera siempre más armónica y equilibrada, y por ende próspera, benéfica y fecunda, en nuestro medio, en nuestro pensamiento y en nuestra acción. Pues,

vivimos internamente en el segundo, expresándonos externamente en el primero, por medio de la tercera: son como las esferas sucesivas y concéntricas de nuestra existencia íntima y causativamente relacionadas la una con la otra.

Cualquiera actitud de lucha, resistencia, resentimiento, rencor y oposición no deja de reducir, así como todo pensamiento y emoción *destructiva* efectos dolorosos y consecuencias indeseables sobre quienes las alberga y alimenta en su corazón, tanto para la tranquilidad interna como en su actitud general en la vida, en su propia salud y en sus negocios. Muchas enfermedades agudas y crónicas, muchas miserias y sufrimientos morales y materiales se deben precisamente al hábito inveterado de cultivar sentimientos de rencor, crítica y oposición hacia otra persona; aunque éstos puedan aparecer enteramente justificados por la misma actitud de esta persona, o bien por las condiciones y circunstancias en que uno se encuentra, siempre hace falta un perfecto discernimiento y percepción de la realidad, confundiendo, las más de las veces, los efectos con las causas y las causas con los efectos.

De todos modos, por justificados que puedan a primera vista aparecer los pensamientos de crítica, rencor y resentimiento que se cultiven hacia determinada persona o condición externa, es cierto que estos mismos pensamientos negativos *pertenecen a quien los hace, recibe o alimenta en sí mismo*; y es igualmente cierto que, de la misma manera, también le pertenecen *los efectos destructivos* de los mismos, para su propia paz y serenidad interna, para su salud, sus negocios y condiciones. Así pues, él mismo es quien *primero y fundamentalmente pierde y*

sufre en consecuencia de su actitud; mientras cuando está fuera *diferente e independiente* de las cosas y personas externas y de las acciones y palabras de éstas (pues, a cada cual debe de reconocérsele el derecho de obrar según su propio juicio, comprensión y discernimiento, y nunca podemos arrogarnos de establecer para otros una línea de conducta en su pensamiento y acción), no podría *sufrir ni perder*. En otras palabras, nunca son las cosas externas y lo que piensan y hacen los demás aquello que nos afecta, sino únicamente *nuestra propia actitud, nuestros propios pensamientos y sentimientos y lo que nosotros mismos pensamos de ellos*.

El simple hecho y hábito de *no recibir* en nuestra mente nada de lo que no deseamos: ni una ofensa, ni un resentimiento, sin albergar nunca pensamientos de crítica, oposición, resistencia y malevolencia, es suficiente para hacernos *invulnerables* para sus efectos y para cualquiera mala intención o maleficio externos; éstos retornarán inevitablemente a quienes los invíe. Cada cual es, pues, *juzgado* por sus propios juicios, palabras y pensamientos.

Además, no hemos de olvidarnos que la actitud de otra persona hacia nosotros se halla constantemente influenciada por nuestra propia actitud para con la misma, no solo por nuestras palabras y acciones, sino también por los sentimientos, pensamientos e intenciones más íntimas. Por lo tanto, en último análisis, la *llave de la armonía*, la elección entre paz y benevolencia, o bien entre hostilidad y malevolencia, siempre se halla *en nuestras propias manos*. No puede ser duradero nuestro enemigo a quien internamente no llamemos, aceptemos y reconozcamos como tal; ni duradero nuestro amigo

verdadero a quien en nuestro íntimo corazón critiquemos y despreciemos.

Finalmente hemos de repetir, como ya lo hemos dicho en otras ocasiones, que *la armonía es la finalidad última, necesaria, inevitable y definitiva de toda y de cualquiera experiencia*. La solución armónica y más deseable de cualquier conflicto, por medio de una sincera y leal cooperación de todos los interesados para la finalidad e interés común, puede dilacionarse y remitirse por medio de una sincera y leal cooperación de todos los interesados para la finalidad e interés común, puede dilacionarse y remitirse por medio de una actitud de lucha, resistencia y falta de cooperación, pero solo temporalmente y con mayor desventaja de todos, para imponerse luego con mayor fuerza. De aquí que lo más sabio y provechoso, sea siempre buscar en todo caso y en cualquier momento ese *Camino de la Armonía* que es el único que puede también asegurarnos la Paz y la Felicidad.



XVI

PAZ Y FELICIDAD

El anhelo hacia la felicidad es innato en todo ser humano; y, sin embargo, muy raramente el hombre puede llamarse feliz. Esto se debe, sobre todo, al hecho de que él mismo hace depender su felicidad de determinadas cosas, condiciones y circunstancias externas, a las que de esta manera concede una importancia y un valor *determinante*, atándose por así decirlo a las mismas, y subordinándoles el estado interno de su propio ser.

El resultado de esta actitud es que la felicidad se aleja constantemente en la medida en que se multiplican los deseos acentuándose un estado permanente de insatisfacción. El hombre no encuentra la felicidad, sino que se va separando más y más de su interno manantial, atraído, por el hechizo de la ilusión externa, naturalmente inestable e infiel, y que le hará experimentar un sin fin de desilusiones. Hasta que cansado de esos vanos esfuerzos, que acentúan la *inquietud* y por ende la infelicidad, llegue a discernir como ésta deba buscarse en un camino mucho más próximo y en una forma más simple, directa e inmediata.

Paz y felicidad son dos cosas inseparables y, constituyen, *un estado del alma y una cualidad fundamental del espíritu o ser interno*. No dependen *en sí*, de ninguna manera de las condiciones externas, sino que éstas pueden alterarlas, en el mundo interno de la conciencia, según el poder que ésta les conceda. Son como la luz del sol, que nunca pierde su poder y su serena claridad, pero que sólo puede manifestarse en su perfección cuando el cielo se halla despejado de nubes. Así como el sol es siempre luminoso, así también nuestro ser espiritual nunca puede perder la paz, el íntimo contento y felicidad, que son inherentes e inseparables de su divina naturaleza, pero cuya perfecta expresión estriba en un estado del alma perfectamente tranquilo y despejado para que pueda recibir y reflejar debidamente esa luz.

En vez de *luchar*, y correr detrás de todos aquellos fantasmas ilusorios que seducen nuestros sentidos y tienden a desviarnos del único *recto camino* en que sólo se encuentran paz y felicidad *perdurables y verdaderas*, se trata más bien de REMOVER LOS OBSTACULOS —nuestros pensamientos, emociones y estados mentales *negativos*— que son lo único que puede separarnos tanto de la íntima satisfacción, contento y quietud que pertenecen al Espíritu en nosotros y que son nuestra propiedad en cualquier momento y en cualquiera condición de la vida, como también del cumplimiento de nuestros anhelos y del logro de todo justo deseo.

Si deseamos la luz y, a pesar de esto cerramos todas las puertas y ventanas de nuestra habitación, impidiéndole penetrar, claro está que no podemos inculpar a aquella —que sólo espera que reconozcamos su presencia y le permitamos iluminarnos— por el hecho de que estamos

a oscuras. Y, sin embargo, ésta es precisamente la actitud que suelen tomar la mayoría de los hombres con relación a esa Paz y Felicidad indestructibles, de las que han sido espiritualmente dotados, y de las cuales sólo les aleja su *inquietud*.

Por otro lado, las mismas condiciones y cosas externas, de las que se acostumbra hacer depender la felicidad individual, en realidad sólo pueden acompañarse, en una forma *satisfactoria* con la tranquilidad y serenidad de la mente, cuando ésta cese de ser *poseída y roída* por alguna pasión, deseo, inquietud y temor. De aquí la fundamental necesidad en todo caso, en el mismo interés de nuestros propios anhelos y deseos, de aprender a *despejar* nuestra mente y nuestro estado interno de todo pensamiento y de toda condición indeseable, que son otros tantos factores de infelicidad, y la propia *causa* de todas aquellas experiencias negativas que, de esta manera, se presentan y multiplican en la vida externa.

La piedra fundamental, la roca en que descansan toda condición de contento y felicidad permanente, es el íntimo reconocimiento o *consciencia* de dichas cualidades, como *partes inseparables* de nuestro ser interno, de nuestra propia naturaleza espiritual, así como la luz es inseparable del sol, el calor del fuego y la dulzura de la miel. El Ser o *Atma*, que es también nuestro propio Ser o Espíritu, es, pues, de por sí ANANDA, o sea Infinita Paz, Beatitud, Contento e inherente Felicidad. Cada vez que, en nuestra conciencia, nos alejemos de estas condiciones *cesamos de ser nosotros mismos* y nos identificamos con una sombra ilusoria —que nos aparece real únicamente por el hecho de la propia *identificación*— cuyos atributos son la inquietud y el descontento, com-

pañeros de la ignorancia, y cuya herencia o resultado solo puede ser la infelicidad.

Dado que en nosotros se encuentra ese Sol Luminoso de nuestra Eterna Naturaleza Espiritual, nuestro esfuerzo y nuestro anhelo constantes deben ser más bien dirigidos hacia la manera de reflejar en nosotros siempre más claramente, e igualmente expresar o irradiar fuera de nosotros su Infinita Luz en todos nuestros pensamientos, sentimientos y estados internos, en nuestras palabras y acciones. Así nuestra vida se iluminará y se aclararán los *negocios*, condiciones y experiencias externas.

En nosotros se halla ese PODER que acompaña la Luz Espiritual, así como el calor se acompaña con la luz material. Para percibir esa Luz —que es “la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”— y adquirir la capacidad de alumbrar nuestro mundo interno y, por medio de éste, las condiciones externas, precisa, sin embargo, que nuestro ojo (el ojo de la *visión interna*, que determina el discernimiento y apreciación de las condiciones externas) sea SIMPLE o SINCERO, es decir, que la mente sea como un cielo sereno, limpio y despejado de toda nube, de todo pensamiento negativo, de todo temor o emoción destructiva, fijándose de continuo sobre la Realidad Interna, más bien que en la ilusión de las apariencias transitorias.

Es preciso, en otras palabras, que nuestra conciencia no se desvíe de la Luz Interna y de sus cualidades y propiedades inherentes, de manera que la mente se *polarice enteramente* —como las moléculas de un cuerpo que recibe la electricidad o el magnetismo— orientándose inequívocamente en la dirección de esa luz, cesando lo mismo de hacerse receptiva y albergar los pensamientos des-

tructivos y negativos que producen la inquietud y el temor. Pues estas dos fuerzas (que son las cualidades *rajásica* y *tamásica* de la mente y de la materia), son las que alteran el equilibrio *sátvico* o *armónico* de la mente, y sólo en este último puede reflejarse y expresarse la Luz del Espíritu, que es *puro satva* o *Sat-Chit-Ananda*, o sea “Ser-Conciencia-Beatitud”.

Para explicar mejor este punto, TAMAS es la cualidad de la Inercia, y el principio de todo estado o condición *negativa*: la obscuridad material, la inconciencia mental, la ignorancia intelectual y la falta de discernimiento espiritual; emocionalmente es el principio del *temor*, en sus múltiples y diferentes formas, que acompaña la dichas condiciones de obscuridad mental y material, ignorancia e ilusión (o falta de discernimiento).

RAJAS es la condición opuesta de Actividad, que produce toda forma de *pasión* y sobre todo, cuando predomine, la *inquietud* así como los pensamientos y emociones *destructivas*. Es como un fuego que anima, devora y *posee* a la persona, una fiebre que la consume, produciendo en la mente un estado continuamente variable e inestable, que la aleja de la *concentración* y produce todas las emociones violentas: el enojo, la irritación, el deseo de venganza, la pasión erótica, la voluntad destructiva, la locura, el fanatismo, el orgullo y la ambición. Sin embargo, es el intermediario necesario entre Tamas y Satva, y aquel que igualmente oscurece la luz de Satva en Tamas, y transforma a éste en Satva; en esta función trasmutadora tiene precisamente su objeto y su razón fundamental: la inercia y la ignorancia sólo pueden despertarse por medio de la actividad y de la pasión, aunque esta también —por su carácter *desordenado* deba lue-

go superarse en un estado ordenado de equilibrio y armonía.

SATVA representa precisamente esta *superación* de la inquietud y pasión rajásica, que se sobrepone, en la evolución individual, a la inercia e ignorancia tamásica. Como tal es, materialmente, el principio de la armonía, del ritmo y de la luz, emotivamente paz, serenidad, contento, satisfacción y felicidad, dominio equilibrado de sí mismo en el carácter, el principio moral y mental de la *conciencia*, intelectual de la Sabiduría y del discernimiento, de la intuición y de la inspiración, y espiritual de la Verdad y de la Belleza, de la Bondad y del Amor.

Los filósofos griegos llamaban *hílicos* o materiales aquellos hombres en que predomina la cualidad tamásica, y que son por lo mismo enteramente dominados por sus necesidades; *psíquicos* o pasionales a aquellos en que prevalece la cualidad rajásica, siendo dominados y conducidos por sus deseos y ambiciones; *pneumáticos* o espirituales, a aquellos en que se afirma la vibración sátvica, dominando y superando las tendencias inferiores, y haciéndose guiar y dirigir únicamente por el discernimiento y por sus más elevadas aspiraciones.

En realidad se trata de tres sucesivas etapas evolutivas, tres etapas en el camino del progreso individual, en la última de las cuales únicamente —o sea, en proporción al dominio que sepamos lograr sobre la ignorancia tamásica y sobre la pasión rajásica, que respectivamente la *obscurcen* y la *destruyen*— puede encontrarse el estado sátvico de Paz y Armonía, que pertenece inseparablemente a nuestro espíritu o Ser más verdadero, y es la única tierra propicia para el florecimiento de la felicidad.

Esta flor sumamente preciosa, a diferencia de las flores terrenales, tiene su raíz en el cielo, de donde brota, para descender sobre la tierra como la luz que nos ilumina. De aquí lo vano e inútil de buscarla en determinadas condiciones materiales *externas*, cuando su manantial está constantemente *dentro de nosotros*, y lo que se necesita es simplemente *abrirnos por dentro*, reconociéndola en nuestro espíritu, y permitiendo y no obstaculizando su libre flujo y expresión *de dentro hacia fuera*.

La Paz verdadera, completa e inalterable del Espíritu, y la Felicidad permanente que es la única y suprema Realidad Eterna e Indestructible, están siempre dentro de nuestro ser, son propiedades esenciales de nuestra naturaleza *divina*, y solo esperan que les abramos las ventanas del alma, despojándonos de nuestras pasiones, inquietudes, ansiedades y temores para establecerse firmemente en nuestras vidas, para renovarlas y alegrarlas con su perfume inmortal.

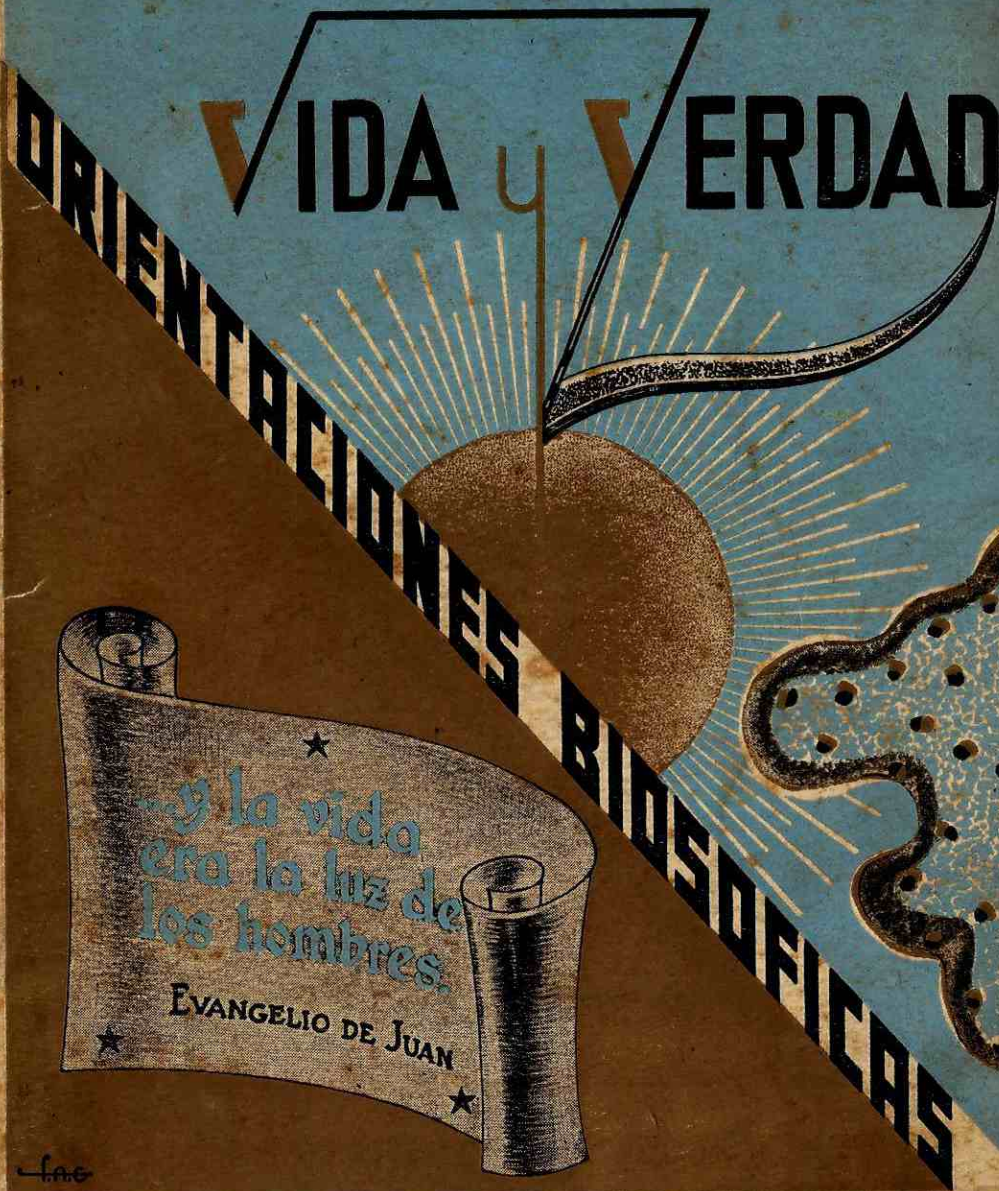


FRATERNIDAD ROSA - CRUZ
DE COLOMBIA
BIBLIOTECA - BOGOTÁ

INDICE

	Págs.
Prefacio	5
Prólogo	9
I.—El Don de la Vida	13
II.—El Principio del Bien	21
III.—La solución de tu problema	29
IV.—La plegaria de la Verdad	37
V.—Tu vida es perfecta	45
VI.—El Cristo "en nosotros"	53
VII.—Habla "con Dios"	61
VIII.—Vida y salud	69
IX.—Nuestra vida es inmortal	77
X.—Las Leyes de la salud	85
XI.—Comida y alimento	93
XII.—La Substancia universal	101
XIII.—La Ley de Providencia	109
XIV.—Exito y Prosperidad	117
XV.—El camino de la Armonía	125
XVI.—Paz y felicidad	133

Aldo Lavagnini



EDICIONES/ CICERON-MEXICO, D. F.